



# MUERTE EN CHINATOWN

Curtis Garland

SOLO MAYORES  
DE 18 AÑOS



# MUERTE EN CHINATOWN

Título Original: *Muerte en Chinatown*

©1980, Garland, Curtis

©1980, Editorial Bruguera, S.A.

Colección: Punto Rojo 972

ISBN: 9788402025203

Generado con: QualityEbook v0.80

# CAPÍTULO I

El tintineo de campanillas fue como un sonido cristalino, hecho de vibraciones de vidrio y plata.

Sin embargo, ese tintineo significaba la muerte.

Algunos transeúntes que recorrían presurosos las aceras del barrio, bajo la fina bruma que se convertía casi en lluvia pulverizada, de tanta humedad como flotaba en el ambiente, apresuraron sus pasos, corriendo todavía más, como si algo en las calles y callejuelas del tortuoso distrito pudiera alcanzarles fatalmente a ellos.

Sus figurillas, mezcla incoherente de calzado oriental y ropas occidentales, salvo algún viejo chino de rostro apergaminado y lacia barbilla canosa que luciera todavía su tradicional ropaje de seda bordada y su redondo gorro negro, se perdieron pronto en esquinas que parecían formar el final de algo concreto, para iniciar más allá un mundo hecho simplemente de sombras y de brumas.

El extraño, melodioso tintineo, siguió sin embargo sonando en las desiertas calles, propagándose sutilmente, hasta fundirse con la niebla apelmazada y viscosa, y perderse en unos últimos y argentíferos tañidos que, como un lamento final, terminaron por morir en el silencio de la noche, el frío y la humedad.

El barrio Chino de San Francisco se convirtió entonces en un mundo muerto, donde la quietud y la soledad eran los únicos ocupantes de sus calles, iluminadas borrosamente entre la bruma por los parpadeos luminosos de algunos cafés y salones de té, o por las manchas lechosas del alumbrado público. Complicados símbolos chinos flotaban en la noche, colgando de un letrero o de un cartel, sólo legibles para los ciudadanos de raza amarilla de aquel distrito urbano.

La muerte había pasado ya por Chinatown. Muy pocos lo sabían.

Solamente aquellos que oyeron el musical tintineo que anunciaba su siniestra presencia en alguna parte. Una pareja de policías de uniforme y andar cansino deambulaba arriba y abajo por el dédalo callejero, sin imaginar ni remotamente lo que aquellos viandantes chinos supieron apenas percibido el tañer melancólico y melodioso de unas campanitas de cristal y plata.

Cerca de ellos, alguien había muerto violentamente. Los que lo

sabían, callaban y tenían miedo. Porque el espíritu del mal andaba suelto por Chinatown, fundiéndose con la niebla y el serpenteo de sus calles. Los que lo ignoraban, no podían imaginar ni remotamente que la muerte usara campanitas dulcísimas para anunciarse a los humanos.

Pero allí era así. Tal vez porque en Chinatown, todo era diferente al resto de la ciudad. Todo, menos la muerte, la sangre y el terror.

Algo que estaba presente allí mismo.

Y que, de repente, uno de los policías de patrulla descubrió, sobrecogido.

—¡Dios, O'Brien, mira esto! —clamó, atónito, contemplando algo en la oscuridad de un callejón.

Su compañero se acercó a él. Los guiños lejanos de las rojas letras chinas de un restaurante abierto durante la madrugada parecía teñir aún más de tonos escarlata, siniestros, algo que necesitaba de esos reflejos para resultar espantoso y sangriento.

—Cielos, es horrible... —corroboró su compañero, palideciendo y sintiendo que le caía mal la cena consumida una hora antes en un pequeño y limpio restaurante chino en compañía de su compañero de patrulla.

Luego se llevó el silbato a los labios, y rasgó la calma y el silencio del barrio dormido, con las estridentes notas de alarma que requerían a sus compañeros.

Esta vez, el sonido no era musical ni agradable. Era la desesperada requisitoria metálica, agria y aguda, de un silbato policial, anunciando un delito.

Un espantoso y repugnante delito que lograba horrorizar incluso a dos avezados patrulleros de la policía de la ciudad.

Era la muerte. La muerte anunciada por un mágico tintineo musical que aún parecía vibrar, dulce y cruel a la vez, en muchos oídos de asustadas gentes de Chinatown...

\* \* \*

El teniente Kelly se frotó el mentón, pensativo. Hundía sus manos en los bolsillos del impermeable, mojado por la tenue llovizna que charolaba las callejuelas de Chinatown. Luego miró de nuevo al suelo y meneó la cabeza, con una expresión de náusea en su rostro.

—Nunca he visto nada parecido —confesó—. Y eso que he llegado a ver muchas cosas en los años que llevo de policía...

Los agentes que rodeaban el lugar se limitaron a asentir o a cambiar entre sí miradas de aprobación. Pensaban lo mismo que el oficial de Homicidios recién llegado al lugar del suceso.

—El que hizo esto, forzosamente ha de ser un loco, ¿no cree,

teniente? —preguntó el fotógrafo de la policía, que tomaba encuadres de la espantosa escena, con gesto de profunda repulsión.

—Nunca se sabe —rezongó el oficial—. Puede que sea un loco, o simplemente un sádico capaz de ensañarse, con su víctima... De todos modos, es un crimen realmente abominable, un hecho sin precedentes en este barrio. A pesar de la mala fama de los barrios chinos, la verdad es que todos sabemos que aquí rara vez ocurre algo realmente escandaloso en el ámbito delictivo. Los chinos, sean nativos o emigrados, son bastante mejores personas de lo que la gente imagina.

—Y, sin embargo, teniente, aquí tiene ahora eso... —comentó entre dientes el médico forense, levantándose de la mojada acera, cerrando su maletín con un seco golpe, y mostrando, para sorpresa de los demás, un evidente gesto de desagrado.

—Lo sé. Pero ni siquiera podemos estar seguros de que sea obra de un oriental, doctor.

—Lo cierto es que, por ahora, no he visto nada peor en mi vida profesional, teniente —confesó el médico—. Y, lo mismo que usted, no será porque no he tenido experiencias de todo tipo en el terreno forense...

—Le creo, doctor. Eso es diferente. Yo no niego que haya podido ser un amarillo el criminal, compéndalo. No sabemos nada aún de este crimen, después de todo. Pero hasta ahora, nada me ha hecho pensar en la presencia de un posible monstruo capaz de algo así, dentro de la tranquila comunidad de Chinatown. El teniente Wang, mi colega, y encargado como yo del servicio policial en esta zona de la ciudad, podrá corroborarle lo que digo.

—Wang, después de todo, lleva sangre china en las venas —se encogió de hombros el forense—. No será raro que defienda a su raza. Yo que usted, teniente, no me fiaría de esos chinos, pese a todo, si es que me permite el consejo. El arma utilizada en este crimen ha sido, evidentemente, oriental. La forma de los cortes hace pensar en una hoja curvada.

—Eso no significa nada, doctor. Aquí se venden miles de sables orientales en las tiendas de antigüedades y en los bazares. Puede utilizarlo cualquiera, sea blanco o amarillo.

—Conforme, pero el crimen ha ocurrido en Chinatown, y el arma utilizada, sin duda alguna, ha sido oriental. Eso puede ser significativo. Aunque, como usted dice, por sí sólo no demuestra nada.

—¿Algo más del examen del cadáver, doctor?

—Nada que no esté a la vista. Cuando sus agentes hallaron el cuerpo, evidentemente sólo llevaba unos minutos sin vida. Ahora todavía está caliente, pese a que el clima esta noche no es demasiado bueno. Atacaron a esta mujer cara a cara, no por la espalda, y

debieron cortarle el cuello del primer tajo, de oreja a oreja. No contentos con ello, seccionaron sus pechos de dos golpes de sable, la abrieron en canal y desparramaron sus intestinos, dándoles luego golpes con el acero, lo mismo que a los muslos y nalgas de la infortunada mujer. Finalmente, es posible que llevara su vesanía el agresor hasta el punto de rematar su espantosa obra con esa última mutilación, la de sus orejas y dedos de las manos... En resumen, una verdadera carnicería como no he visto jamás, ni siquiera en los anales del crimen en nuestro país.

—Ni Jack el Destripador en Londres, el siglo pasado, llegó tan lejos en sus matanzas —gruñó roncamente el teniente Kelly—. Bueno, se ensañó con su última víctima, pero en los demás crímenes no llegó a tanto. Gracias por su informe, doctor.

—Oh, de nada. No creo que la autopsia nos ayude gran cosa, a menos que la mujer estuviese drogada o cosa así durante el ataque. La muerte es evidente que le sobrevino por degüello, aunque igual hubiera muerto con esas mutilaciones y la hemorragia sufrida en consecuencia.

—Sí, creo que la autopsia será solamente un trámite rutinario más. Toda la posible explicación está aquí en estos momentos... Buenas noches, doctor.

—Muy buenas noches, teniente. Le deseo suerte.

—Quizá la necesite —refunfuñó Kelly, pensativo, acercándose al cadáver.

Contempló a la mujer espantosamente mutilada y ensangrentada. Un policía había recogido los dedos, orejas y senos de la víctima, depositándolos en una bolsa de plástico con evidente repugnancia.

No se podía saber si había sido hermosa o no. Su expresión de horror, la dilatación de sus pupilas, casi desorbitadas, la crispación de su rostro, las mutilaciones y todo lo demás, la convertían en un ser de aspecto estremecedor. Sus ropas parecían de buena calidad, en colores discretos, y un bolso de piel de cocodrilo yacía no lejos de ella, virtualmente pegado al charco de sangre coagulada.

—No parece una fulana de las calles —comentó Kelly, reflexivo.

—No, tiene un buen aspecto, teniente —admitió un policía—. Las rameras visten de otro modo. Además, apenas si iba maquillada. ¿Recogemos ese bolso?

—No, no lo toquen de donde está. Pero intentaremos extraer de él, sin quitarlo de ahí, la documentación de esta infortunada. Quisiera saber quién es, realmente, la víctima.

Utilizaron un bastón para alcanzar el bolso y abrir su hebilla. Luego el teniente se arrodilló al borde del charco sangriento, y utilizando un alambre, logró enganchar un billeteo y,

dificultosamente, alzarlo en el aire y traerlo hacia sí sin que cayera en la sangre. Lo examinó, aunque protegiendo sus manos con un pañuelo para no dejar huellas en la piel.

Dentro había una serie de tarjetas de crédito, un carnet de conducir, billetes de dos, cinco y diez dólares, y un documento de la seguridad social, todo ello a nombre de Norma Talbot. Tenía veintinueve años y residía en Masón Street, Nob Hill. Un lugar de gente rica y socialmente brillante en la ciudad. Ciertamente, no era ninguna fulana[1].

—¿Qué haría una joven de Nob Hill deambulando en una noche así por Chinatown? Ni siquiera era una turista que hubiese venido a conocer el San Francisco pintoresco...

Se encogió de hombros, contemplando una serie de fotografías tomadas con una cámara instantánea. Eran todas ellas en color, y tomadas en lugares pintorescos y bellos de la ciudad y sus alrededores. Tal vez la joven de cabello rubio oscuro que aparecía en todas ellas, era la propia Norma Talbot, a juzgar por el color de pelo del cadáver. Sonreía, radiante, llena de vida, junto a otras muchachas y muchachos jóvenes. En algunas de esas fotografías, lucía *blue jeans*. En otras, shorts deportivos. Había sido bonita y con buen tipo. Ahora era una piltrafa humana bañada en su propia sangre.

—Me gustaría coger al que la convirtió en eso que es ahora —silabeó, rechinando sus dientes con mal contenida rabia—. Sí, me gustaría mucho...

Y sus subordinados advirtieron en el rostro ancho y adusto de su jefe una expresión que no era habitual en él. Hombre duro, avezado a enfrentarse con toda clase de espectáculos desagradables en su larga práctica policial, parecía sin embargo particularmente afectado por la brutalidad sanguinaria de aquel crimen en concreto.

Momentos después, una ambulancia recogía en una camilla, bajo la fría blancura de la sábana, los restos mutilados de la víctima del abominable asesinato.

Pensativo, sombrío, el teniente Kelly vio alejarse las rojas luces del vehículo con su fúnebre carga, camino de la Morgue. El suelo brillante, lustroso por la lluvia, reflejaba en ondulaciones de luz y color los faros y los destellos escarlata de la luz giratoria, perdiéndose en la distancia.

—Pobre mujer... A ella se la llevaron las campanas...

Sintió un escalofrío, sin saber por qué. Giró la cabeza, ceñudo.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó, áspero.

Sus hombres se miraron entre sí, encogiéndose de hombros. Kelly fijó su dura mirada en el hombrecillo casi insignificante que había surgido de la llovizna y de la bruma, como un fantasma del barrio

Chino.

Era un oriental viejo, apergaminado, de rala barbita y almendrados ojos perdidos tras una red inextricable de arrugas. Su traje tradicional, de seda negra, parecía hacer más ridícula y diminuta su figura.

—¿De qué campanas habló? —quiso saber el oficial de Homicidios con acritud.

—Yo las oí... —musitó el anciano, como hablando consigo mismo, la mirada perdida en la noche, en la nada—. Muchos debieron oírlas. Sabía que era la muerte.

—¿Qué es lo que oyó? —insistió el policía, acercándose pesadamente al pequeño y viejo chino.

—Las campanas, claro. Eran suaves. Sonaban a cristal y a plata... —El rostro amarillento y rugoso le contempló distante, como una mancha descolorida en la penumbra—. Sonaban más a campanillas que a campanas, pero yo sabía que alguien iba a morir.

—¿Por qué lo sabía?

—Los viejos sabemos muchas cosas... Cosas que otros no presienten...

—Está bien, está bien. Pero siga hablando de esas campanas o lo que sean. ¿De dónde llegaba su sonido? ¿Por qué creyó que significaban algo malo, fatal?

—Las había oído ya antes... —el viejo entornó sus ojos, que parecieron desaparecer en el rostro, convertidos en dos simples rendijas—. Y siempre que se oyeron murió alguien... Esta vez no podía ser distinto.

—¿Quiere decir que no es la primera vez que ocurre? ¿Ha habido otras muertes como ésta, relacionadas con..., con el sonido de campanas?

—Ya se lo dije... Es la muerte. Siempre lo es, de una forma o de otra. No falla. No puede fallar...

—Yo soy policía, amigo —le puso su credencial ante la cara—. Y tendría que saber si otras personas murieron de igual modo. Sin embargo, sólo conozco el caso de hoy...

—Hay formas distintas de morir —sentenció el anciano lentamente, con un suspiro—. Muchas veces, la bahía oscura lo oculta todo, y la víctima nunca aparece...

El teniente Kelly estudió, ceñudo, al hombrecillo. Podía tratarse de un chiflado o un extravagante personajillo de los que abundan en Chinatown. No era absolutamente preciso hacerle caso en lo que decía. Tenían todo el aspecto de ser simples divagaciones, cosas incoherentes, con escaso sentido...

—Deme su nombre. Simple rutina, ¿sabe? ¿Quién es usted,

exactamente?

—Todos conocen al viejo Feng-Lo —rio suavemente el anciano chino—. Todas estas calles son para mí como las rayas de mis pobres manos temblorosas y débiles, señor... Pregunte por mí a cualquiera, y le llevarán hasta Feng-Lo.

—¿En qué se ocupa?

—Trabajé en muchas cosas en mi vida, señor. He sido traficante de opio, vendedor de antigüedades, músico y pintor, fotógrafo y ladrón... Pero nunca maté a nadie. Nunca. Está escrito que quien mata, debe morir. Quien dé muerte violenta, de muerte violenta perecerá... y Feng-Lo no quiere morir violentamente. Sólo desea irse extinguiendo hasta el último día en que Buda le acoja en su paraíso de paz eterna... Buenas noches, señor. Pero no olvide la música de las campanillas. Es la muerte. Lo ha sido siempre.

Se alejó por el asfalto mojado, como una sombra. Tal vez lo era. El teniente Kelly se frotó los ojos cuando la figurilla se perdió tras una esquina cualquiera, sin dejar rastro. Era como si nunca hubiera estado allí.

—Vosotros —dijo abruptamente a sus hombres, acercándose a ellos y examinando el perfil con tiza inalterable a la lluvia que marcaba el emplazamiento donde hallaran a la infortunada muchacha de Nob Hill, sobre su propia sangre—. Averiguad por ahí sí, efectivamente, hubo un sonido como de campanillas cuando murió, poco más o menos, la desdichada Norma Talbot.

—¿Sonido de campanillas? —parpadeó uno de sus hombres, mirándole como si sospechara que su superior había bebido más de la cuenta.

—Maldita sea, ¿es que hablo chino? —refunfuñó malhumorado el teniente Kelly—. Sí, eso he dicho, exactamente: sonido o música de campanillas. Indagad entre los naturales de este barrio. Puede que alguien haya oído algo así. Decidme lo que encontréis al respecto, ¿está claro?

—Sí, señor, desde luego —admitió uno de sus subordinados, con expresión cohibida—. Así lo haremos.

—El teniente Wang ha telefoneado hace un momento —terció otro agente que volvía desde una cabina telefónica en forma de graciosa pagoda roja, situada en la esquina próxima—. Estará aquí en menos de diez minutos, teniente.

—Bien, atendedle vosotros. Después de todo, ésta es su zona. Yo me voy al Departamento a hacer unas cuantas cosas antes de acostarme. Mis saludos al teniente Wang. Aunque supongo que no estará para cumplidos. El, que siempre asegura que Chinatown es mucho mejor de lo que pregona su mala fama...

Se encogió de hombros, subió a su coche, y sé alejó hacia Columbus Avenue, por el dédalo de pintorescas calles del barrio Chino, entre luces de letreros orientales y graciosos nombres de locales abiertos toda la noche: *El Dragón Rojo*, *El Celeste Imperio*, *Hong Kong Palace*, *El biombo Lacado*, *El Mandarín*...

Tal vez tuviera razón el teniente Wang al defender a su gente. Chinatown no era tan malo, después de todo. Pero esta noche, al menos, había sido escenario de un espantoso crimen, muy poco frecuente por sus espeluznantes características, en el censo criminológico de la ciudad.

Un crimen que daba a entender que un monstruo andaba suelto por Chinatown. Y, según el viejo Feng-Lo, ese monstruo, de alguna forma, se relacionaba con una musiquilla de campanas melodiosas.

—¡Chinos...! —farfulló entre dientes, malhumorado—. No hay quien les entienda...

## CAPÍTULO II

—Música de campanillas chinas... ¿qué significa eso, exactamente?

—Justamente lo que le he dicho: música de campanillas.

—Ya —Wade Slater se frotó el mentón, estudiando receloso a su visitante—. Supongo que eso tendrá algún sentido, una relación concreta con el crimen en sí...

—Hay quien cree que debe tenerlo.

—¿Quién, exactamente?

—Gente. Muchos habitantes de ese barrio.

—Entiendo. ¿Una superstición?

—No, no. El sonido parece ser que existió. La policía ha investigado. Lo oyeron diversas personas. Y no todos chinos.

—A ver si lo he entendido —Wade Slater alzó sus manos en un ademán solicitando calma y orden—. Usted quiere que descubra al asesino de Chinatown.

—Sí.

—Y asegura que ese crimen, cometido hace dos noches, fue anunciado o presagiado por una música de campanillas.

—Quizá. O tal vez acompañado por esa música. La hora en que se captó el sonido, coincide con la muerte de Norma Talbot.

—Muy bien. Pero a Norma Talbot la mataron con un arma blanca, mutilándola brutalmente.

—Sí.

—¿Entonces qué diablos pinta en todo eso el sonido de campanillas?

—No lo sé. Me limito a darle un dato concreto.

—Ya —Slater respiró hondo—. ¿Por qué quiere que investigue ese crimen?

—Porque Norma Talbot era mi hermana.

Wade Slater contempló a su visitante, con cierta extrañeza. La posible cliente no era americana ni europea. Tenía piel suavemente aceitunada, cabello negro, como lacado, ojos almendrados y facciones orientales. Podía haber mezcla de sangre en sus venas, pero obviamente, una parte de esa sangre procedía de una raza oriental, seguramente la china. Los japoneses eran distintos cuando se sabía

distinguir a unos de otros.

—Ella no era... —comenzó a hablar Wade, dudando en la palabra a elegir.

—¿China? —rio suavemente su visita—. No, no lo era. Yo tampoco. Pero tengo mezcla de dos razas. Mi madre era de Formosa. Mi padre, un europeo de Hong Kong, un inglés. ¿Lo entiende ahora?

—Creo que sí. ¿Y Norma Talbot?

—Hija de Howard Talbot también. Como yo misma. Pero nuestra madre fue distinta. Ella era hija del primer matrimonio de papá. Su madre murió al nacer ella. Luego, él se casó de nuevo a los dos años. Nací yo. Pero mi madre siempre consideró a Norma como una hija suya, no como a una hijastra. Y del mismo modo, Norma y yo fuimos auténticas hermanas en todo.

—¿La quería mucho?

—Mucho, sí.

—¿Vivían juntas las dos?

—No —negó su visita, tras una leve vacilación—. Ella había prosperado mucho en la vida. Residía en Nob Hill. Yo no podía permitirme ese lujo. Vivo en San José Avenue, cerca de Monterrey Boulevard. No es un mal barrio, pero no es Nob Hill.

—¿Ya no vivían tan unidas como en otros tiempos?

—No era eso. Seguimos caminos distintos. Ella me hubiera dado dinero de habérselo pedido, pero nunca lo hice. No quería ser una carga para ella. Puedo ganarme la vida por mí misma, aunque no llegue a ser rica.

—¿Norma lo era?

—¿Rica? Sí. Lo era. Muy rica.

—¿Cómo hizo esa fortuna?

Negocios. Servía para ello. Yo, en cambio, sólo sirvo para trabajar y cobrar un salario. Estoy en un club nocturno de Chinatown, precisamente.

—¿Qué club? —se interesó Wade.

—*La Campana de Cristal* —explicó ella.

—Vaya... —Wade enarcó las cejas—. Usted habló de campanas melodiosas...

—Sabía que diría eso. Lo he pensado apenas supe de ello. Pero me dijeron que no es el único caso en que se oyeron esos sonidos cuando alguien iba a morir en ese distrito.

—Dejemos eso ahora, por tanto. ¿De qué trabaja en ese club?

—No de lo que cree —sonrió la muchacha de rostro oriental dulcemente—. Llevo la caja del club.

—Perdone —suspiró Wade—. Usted ha leído mis pensamientos.

—No es difícil hacerlo. Todos piensan lo mismo. Con mi figura y

mi aspecto, calculan que estoy allí actuando en público, acaso haciendo *strip-tease* o algo parecido. ¿No es eso lo que usted pensó, señor Slater?

—Sí, eso fue. ¿Sabe por qué estaba su hermana Norma en Chinatown anteanoche?

—No. No lo sé. Ni puedo entenderlo. Que yo sepa, nunca visitó ese barrio. Y menos aventurándose sola durante la noche. Era una muchacha muy prudente y previsora. Y no le gustaba correr riesgos inútiles, Tal vez por eso mismo le iban bien los negocios.

—Pero esa noche sí estuvo en Chinatown. Y la mataron.

—Sí —la joven oriental bajó su cabeza, y la luz de la ventana hizo brillar la tersura negra de su liso cabello estirado hasta el moño de su nuca—. No puedo comprender qué sucedió.

—Quizá fue a visitarla a usted...

—He pensado en ello. Pero no lo creo. Ella ni siquiera debía saber mi paradero. Últimamente nos veíamos muy poco, y nunca le dije dónde trabajaba...

—Pero ella pudo enterarse, ¿no es cierto?

—Sí, claro. Sólo que no creo que fuera así. Además, hubiera intentado averiguar mis señas a través del club, sin necesidad de adentrarse en Chinatown en plena noche, y además lloviendo y con niebla...

—Es posible —admitió Wade, pensativo. Hizo girar su asiento, contempló la calle a través de la ventana, viendo deslizarse el viejo tranvía por la empinada ruta de asfalto, y habló sin mirar a su visitante—: ¿Por qué no espera a que la policía resuelva el caso, en vez de recurrir a un investigador privado?

—Porque no confío en que ellos descubran la verdad.

—¿Tan poca fe tiene en nuestra policía?

—Creo que ellos tratarán este caso como una simple rutina más. Y tengo la impresión de que la trágica muerte de mi hermana dista mucho de ser un crimen vulgar. La existencia de esa extraña musiquilla, tintineo de campanillas o lo que sea, me confirma en mis sospechas, y me hace pensar en algo muy extraño y oscuro. Quiero que el que mató a Norma pague ese crimen. Por eso vine a contratarle a usted.

—¿Sabe que los detectives privados tenemos expresamente prohibido hacernos cargo de asuntos de homicidio, y menos aún cuando ese asunto está en manos de la policía oficialmente?

—Lo suponía. Pero debe haber un modo de eludir esa prohibición.

—No me gusta arriesgar mi licencia en un asunto de esta clase, señorita Talbot. No puedo competir con el Departamento de Homicidios. Sería mi ruina.

—Dicen que hecha la ley, hecha la trampa. ¿No existe un truco para no caer en responsabilidades serias?

—Si existen, es tan peligroso como no utilizarlo. Usted parece una joven muy decidida, señorita Talbot.

—Lo soy. Estoy dispuesta a todo con tal de aclarar este horrible suceso.

—Pero yo, no. Solamente soy un investigador particular, no un héroe ni un loco. Si me quitan la licencia, perderé mi seguro, mi trabajo y todo cuanto tengo. Es demasiado riesgo, señorita Talbot, compéndalo.

—Lo comprendo muy bien —suspiró ella—. Por eso estoy dispuesta a pagar bien sus servicios. ¿Sería una suma razonable para arriesgarse... digamos tres mil dólares?

—Creí que usted no era rica —comentó Wade con sarcasmo, haciendo girar, imperturbable, su silla.

—Y no lo soy. Pero puedo subir mi oferta hasta los cinco mil. Es todo lo que poseo en mi cuenta corriente. Los ahorros de mi trabajo.

—Yo que usted conservaría ese dinero. La policía es más eficiente de lo que cree. Ellos encontrarán al culpable.

—Quiero que lo encuentre usted.

—¿Por qué yo? Hay otros muchos detectives en San Francisco...

—Pero nadie conoce Chinatown como usted. Kwoo Lin me habló de usted.

—¡Kwoo Lin! —pestañeó Wade, sorprendido—. ¿Le conoce usted?

—Es el actual propietario de *La Campana de Cristal*. Me dijo que una vez le ayudó usted mucho en un asunto feo y difícil...

—Es cierto. Pero luego, también él me ayudó a mí —Wade se pasó un dedo rígido por encima de su mentón y sus labios—. ¿Él la recomendó a mí?

—No exactamente. Me dio su nombre. Y me dijo que si quería algo de un buen investigador, honesto y eficiente, acudiera a usted.

—Veo que no me deja alternativa. No puedo negar nada a Kwoo Lin. Acepto sus tres mil dólares, señorita Talbot. Me hago cargo del asunto.

—¿De veras? —ella le miró asombrada, y extrajo de su bolso un libro de cheques—. Espero que no se vuelva atrás...

—No, no lo haré —sonrió Wade, moviendo negativamente la cabeza—. Sólo tengo una palabra.

—¿Y... su licencia? —bromeó la joven, con un destello irónico en sus ojos rasgados.

—La pondré en peligro una vez más. Digamos que acepto su caso porque usted me ha encargado averiguar los motivos de la presencia de su hermana Norma cerca del local donde usted trabajaba en esos

momentos. Sólo eso, recuérdelo. Pregunte quien pregunte, no me ocupo del asesinato, sino de los asuntos privados de Norma Talbot.

—No lo olvidaré —ella firmó con su nombre completo. Wade observó que éste era el de Sue Talbot. Le tendió el cheque con una sonrisa—. Sus honorarios, señor Slater.

—Muy bien. Espero responder a su fe en mí. Pero lo cierto es que no va a ser un asunto fácil, me da en la nariz. Ante todo, dígame una cosa: ¿tienen ustedes otra familia, aquí o en otro lugar?

—No, ninguna.

—¿Norma no estaba casada ni tenía hijos o parientes tampoco?

—No, nada.

—Y usted ha dicho que era rica.

—Bueno, sus negocios iban muy bien. Su finca en Nob Hill es muy valiosa y creo que está llena de piezas de arte muy caras. Sí, debía poseer una respetable fortuna.

Wade Slater contempló en silencio el bonito rostro de porcelana de su cliente, antes de dejar caer sus palabras con lentitud:

—Y... ¿se ha dado cuenta, entonces, de que usted es la heredera absoluta de todo lo que ella poseyera en este mundo, si es cierto lo que me ha dicho?

Pestañearon los hermosos y enigmáticos ojos almendrados. La oyó respirar hondo, y las manos de la joven se crisparon nerviosamente sobre sus rodillas.

—No —jadeó—. No lo había pensado siquiera.

—La policía no se creería tal cosa.

—¡Es la pura verdad! —protestó ella—. Juro que estaba tan confusa, han sido unos días tan penosos, entre identificarla en el depósito, asistir al funeral y todo eso... Ni siquiera había recordado que estábamos solas en el mundo las dos.

—Pero ella pudo haber tenido algún motivo, un amante, alguien a quien dejar heredero mediante testamento...

—Si fue así, nunca lo he sabido. Y su vida pública era bastante conocida.

—¿No tenía a nadie cerca, siendo una joven bonita y con dinero?

—Sus negocios solamente. Colaboradores, un socio acaso... No sé, cosas así. La verdad es que Norma era una muchacha rara respecto a los hombres. Siempre lo fue, y creo que con su modo de vivir, ese afán suyo por la soledad y la ausencia de romances se intensificó.

—De todos modos, pronto sabremos eso. Simplemente quise saber si usted era su heredera, y si usted había pensado en ello al venir a verme hoy.

—Ahora, ya tiene mi respuesta. Ocurre lo que ocurra con su dinero, quiero que se descubra y capture a su asesino. Es lo único que

le pido... extraoficialmente, claro.

—Intentaré complacerla —suspiró Wade—. Ahora, pasemos a otros detalles. Necesito cuantos datos posea sobre su hermana, sus negocios, su vida toda...

—Es poco lo que sé. Pero puedo facilitarle el nombre de sus empresas. Poseía una cadena de floristerías, un negocio de decoración y objetos de arte, una galería artística y una firma de cosméticos...

—Sí, era una vida intensa en los negocios, ciertamente. ¿Algún socio con ella?

—Sólo uno que ya sepa: Alexander P. Harvest, un conocido financiero de San Francisco.

—¿Colaboradores directos?

—Lo ignoro en absoluto. Ya le digo que vivía separada de ella los últimos tiempos. Nuestras existencias siguieron rumbos muy distintos, ya lo ve.

—¿Ninguno de esos negocios se halla en Chinatown?

—No, ninguno.

—Bien. Sigamos con los detalles...

Y Wade fue anotando las respuestas que su joven y bella cliente iba dando a todas sus respuestas.

Al término del interrogatorio, no era gran cosa lo que había reunido. Ciertamente, la vida de Norma Talbot era casi desconocida para su propia hermana.

Y empezó esa misma tarde.

\* \* \*

Alexander P. Harvest contempló a Wade Slater con fijeza, tras echar una distraída ojeada a su tarjeta de visita.

—Detective privado, ¿eh? —comentó—. ¿Tiene relación con la muerte de la señorita Talbot?

—Sí, la tiene.

—Creí que era la policía quien se ocupaba de las investigaciones.

—Yo no investigo su muerte. Sólo su vida privada. Y sus negocios, claro.

—¿Por cuenta de quién?

—Señor Harvest, eso es secreto profesional —sonrió Wade—. No puedo dar a nadie el nombre de mi cliente.

—Me sorprende usted. No creí que a nadie le interesara la vida de Norma Talbot, excepto a la policía para investigar su muerte.

—Pues ya ve que no es así, señor Harvest. Le aseguro que no trabajo en esto por gusto. Me limito a servir a quien me paga.

—Bien. ¿Y qué quiere saber? —Alexander P. Harvest parecía

impaciente.

Wade le contempló, pensativo. Harvest era algo más que un simple socio de Norma Talbot. Era un hombre de prestigio en San Francisco. Y en todo California. Rico, joven, fama de *playboy* en las revistas del corazón, e hijo de un político con grandes posibilidades de llegar a senador por el Estado de California, Arnold P. Harvest.

Su elevada estatura, atlética complexión, su tez bronceada y ojos claros, con pañuelo de seda al cuello, y su aire desenvuelto, eran los que correspondían, exactamente, a una persona de su fama.

Wade Slater se acomodó tranquilamente en la comfortable butaca azul del amplio y suntuoso despacho que poseía Harvest júnior en el alto edificio comercial de Unión Square, donde la empresa de decoración que él explotaba, asociado con la difunta Norma Talbot, ocupaba una planta completa de la edificación.

—Me gustaría conocer todo lo posible sobre la vida de Norma Talbot en sus negocios. Creo que eran varios los que llevaba entre manos, ¿no?

—Así es. Este es solamente uno de ellos. Yo era su socio en él. Pero tenía también una cadena de floristerías totalmente suyas, así como otro negocio de objetos de arte y otro de sala de exposiciones, ambos también en asociación conmigo.

—En suma; usted es el hombre que, lógicamente, mejor podía conocerla.

—Sólo relativamente.

—¿Relativamente? —Wade enarcó las cejas.

—Verá: Norma era una mujer peculiar. No le gustaba que nadie se mezclara en su vida privada. Yo era solamente su socio. Comercialmente, no había secretos entre ambos. Pero sólo comercialmente, ¿entiende?

—Sí, creo que sí. Quiere decirme que de su vida íntima no sabe nada o casi nada.

—Exacto. Virtualmente nada —suspiró Alexander P. Harvest—. Ella era muy reservada en ese terreno. Vivía sola en Nob Hill. Sólo estuve una vez en su casa, tomando una copa. Le aseguro que no me dio la menor oportunidad de cortejarla.

—¿Le gustaba a usted?

—Norma tenía que gustar a todo el mundo. Era bella, inteligente, atractiva... No comprendo qué maldito loco pudo hacer con ella lo que hizo, señor Slater.

—Existe gente así. Nunca se las puede comprender. ¿Cree que ella tenía algún amor más o menos secreto?

—Lo ignoro. Pero aunque así fuese, ¿a qué conduciría ahora hurgar en la vida de una pobre muchacha ya muerta y enterrada,

salvo remover cosas que a ella no le gustaría quizás que salieran a la luz? —comentó amargamente el joven Harvest.

—Posiblemente a las causas de su muerte —apuntó Wade, distraído.

—Su muerte... —repitió el *playboy*—. ¿Es asunto suyo también?

—No del todo —respondió con cautela el detective—. Pero mi cliente desea esos datos. Yo intento conseguirlos.

—No creo que pueda ayudarle. Ya le dije que la vida privada de Norma no era cosa mía.

—¿Ni le preocupó nunca?

—Inicialmente, sí. No puedo negarle que pensé en un posible idilio con ella, aparte de ser socios en algunos negocios suyos. Me atraía por sus encantos, por su gracia y personalidad, no voy a negarlo. Su horrible muerte me ha dejado anonadado, lo confieso. Si usted investigara su muerte, me gustaría ofrecerle toda la ayuda del mundo.

—Su muerte sólo puede investigarla la policía —explicó Wade, cauteloso—. Ya le dije de lo que me ocupo yo.

—Sí, entiendo —su sonrisa algo fría, cargada de sarcasmo, reveló a Wade que, en el fondo, Harvest entendía realmente y admitía el matiz como una coartada para el investigador privado—. De todos modos, le diré algo: estoy seguro de que, pese a todo su hermetismo sobre la cuestión, Norma ocultaba algo.

—¿Qué, exactamente?

—Un hombre. Un amor. Un idilio, romance o como quiera llamarlo.

—¿Está seguro? —Wade Slater le miró con fijeza, sin reflejar emoción alguna en su joven y anguloso rostro—. Nadie parece saber nada sobre eso...

—Claro. Ni yo tampoco, la verdad. Pero lo intuyo. Es una corazonada.

—¿Norma reveló algo que pudiera confirmar esa sospecha?

—Norma era una muchacha muy especial, ya se lo dije. Hermética en sus asuntos personales. No, creo que no permitió a nadie confirmar la menor sospecha sobre cosa alguna de su vida de simple mujer, al margen de negocios y apariciones públicas.

—¿Cree que su fortuna es muy elevada en estos momentos?

—Sí, mucho. Debía tener bastante dinero, aparte lo invertido en negocios.

—¿Millones acaso?

—No me sorprendería. Dos o tres millones de dólares, sí.

Wade silbó entre dientes. Miró pensativo a Harvest. Y sugirió algo:

—¿Posibles herederos?

—No lo sé. —Harvest se encogió de hombros como si eso le importara muy poco—. Creo que tenía algún pariente por ahí, una hermana si no recuerdo mal. Pero no estoy seguro. Ni me importa. Era Norma quien contaba para mí, no su dinero.

—¿Usted... estaba enamorado de ella, señor Harvest?

La pregunta de Wade era suavísima, casi aterciopelada, pero como si fuesen zarpas de felino al acecho, había también el afilado acero de las garras asomando bajo esa superficie sedosa y suave.

—Sí —terminó diciendo Harvest con un suspiro—. Creo que sí. Era fácil amarla...

El silencio en el despacho se hizo denso, cargado. Los dos hombres parecieron absortos en sus propios pensamientos durante unos momentos. Ni siquiera se miraban. Wade fue quien habló primero, con una pregunta al parecer trivial, que desviaba el tema de conversación:

—¿Por qué iría esa noche a Chinatown?

Harvest meneó la cabeza de un lado a otro. Parecía perplejo.

—No sé. No puedo entenderlo. Ella nunca hubiera hecho algo así.

—¿Por qué?

—No le gustaba Chinatown. Ni le gustaba ir sola de noche a ninguna parte. Y, de repente, obra de modo diametralmente opuesto, rompiendo todas sus normas habituales. Eso es lo que no logro entender.

—Sí, eso tengo entendido. ¿Supone que lo que ella ocultase sobre su vida íntima podía estar relacionado con Chinatown en alguna manera?

—Es posible, pero sólo sería eso: una suposición sin peso específico alguno. Recuerde que yo era su socio, pero no su confesor. Y que Norma era tremendamente callada para sus cosas.

—Sí, empiezo a estar seguro de eso —suspiró Wade Slater, poniéndose lenta y cansadamente en pie—. Bien, señor Harvest; gracias por todo.

—Ya le dije que no iba a poderle ser de mucha ayuda...

—Lo imaginaba. Los asuntos son como rompecabezas más o menos grandes, en los que hasta la más mínima pieza tiene valor a la hora de encajarla y completar el *puzzle*. Este asunto tiene muchas cosas raras, y no esperaba milagros, la verdad. Si surgiese algo nuevo, ya le tendría informado.

—Se lo agradeceré, Slater. Cuente conmigo para cuanto precise. Desearía hacer algo por Norma, y ahora que ella está muerta, lo único que podría hacerse es dar con su asesino.

—Ya le dije que no busco asesinos, sino componer el *puzzle* de su

vida íntima. Es por lo que me pagan —señaló, siempre cauteloso, el joven detective, ya junto a la puerta de la oficina. Y de modo imprevisto, se volvió hacia Harvest y le hizo una pregunta aparentemente absurda—: ¿Le dicen algo las campanillas que suenan melodiosamente en plena noche, señor Harvest?

—¿Cómo?

El financiero le contempló como si estuviese rematadamente loco.

—No, ya veo que no le dice nada —sonrió Wade, encogiéndose de hombros—. Es lo que esperaba. Buenas tardes, señor Harvest. Ha sido un placer conocerle.

Y cerró la puerta tras de sí, suavemente y sin prisas.

## CAPÍTULO III

El teniente Charles Wang y el teniente Jason Kelly cambiaron una mirada.

Wang era todo lo contrario que su colega de la policía de San Francisco. Delgado, con una elegante esbeltez que realzaba su traje gris de tejido liviano, modales suaves y expresión apacible en su joven rostro aceitunado, de ojos almendrados.

Charles Wang era, como su apellido indicaba, de origen chino, aunque nacido norteamericano y con sangre también americana en sus venas. El departamento había considerado que resultaba político situar a un oficial de Homicidios en Chinatown que los naturales de aquel barrio no mirasen con hostilidad, y nadie mejor que uno de su raza para tal logro.

Por el momento, la decisión parecía sumamente acertada. Charles Wang —Charlie para sus viejos amigos de Chinatown—, era un policía eficiente, un hombre amable y comprensivo cuando era preciso, y un profesional enérgico cuando así lo exigían las circunstancias.

Entre él y el teniente Kelly, pese a su diferencia de carácter, de criterios en ocasiones, y de métodos las más de las veces, existía, sin embargo, una buena amistad y una camaradería estrecha, compartiendo ambos las actividades policiales de la División de Homicidios en la amplia zona urbana que constituía el barrio Chino de San Francisco, demarcación de sus obligaciones.

Ahora, ambos parecían igualmente perplejos y desorientados ante el caso que tenían entre manos.

—No puedo entenderlo —declaró finalmente Charlie Wang con un movimiento lento de cabeza, de lado a lado.

—Yo tampoco, Charlie —rezongó Kelly de mal humor—. Esa chica, Norma Talbot, era rica y un verdadero lince en los negocios. Hacía una vida muy apartada, no se la conocían líos amorosos, y nunca había sido vista antes en Chinatown. De repente aparece muerta allí, mutilada por un sádico, en plena noche lluviosa y con niebla, sin que se sepa lo que hacía, adonde iba ni por qué se aventuró por semejantes lugares en una noche así.

—Yo no me refería sólo a eso, Kelly —manifestó Wang, perpleja la expresión de su inteligente rostro oriental—. Estaba pensando en

esa aparente tontería de las campanillas...

—No es una tontería. No sólo el viejo Feng-Lo las pudo escuchar esa noche. Hay otros seis testimonios en el mismo sentido. Y el sonido debió coincidir casi exactamente con la muerte de la muchacha.

—Hay campanillas que suenan así en ciertas tiendas de antigüedades de Chinatown, en restaurantes típicos y hasta en casas particulares. Sus láminas de metal y de vidrio emiten un sonido armonioso al ser rozadas o golpeadas suavemente. Pero no tiene el menor sentido que sean escuchadas en plena calle, y en un radio bastante amplio para ser unas vulgares campanillas de ese tipo.

—Hay algo más, Charlie: no es la primera vez que suenan.

—Sí, ya sé eso —afirmó Wang, arrugando el ceño y paseando por el despacho del Departamento de Policía—. Otras veces sonaron también. Siempre de noche. Y con niebla o lluvia.

—Y siempre dicen que significaba muerte.

—Pero no siempre apareció alguien muerto.

—Eso es verdad. He logrado que algunos chinos me concretasen fechas aproximadas en que fueron percibidas las campanillas. Tus hermanos de raza tienen buena memoria.

—Los orientales recuerdan muchas cosas que otros olvidan —sonrió Wang de buen humor—. Tal vez porque se dedican a observar y pensar, no a hablar demasiado. ¿Qué fechas fueron ésas, Kelly?

—Creo que hay dos de ellas bastante concretas. Una tuvo lugar en la noche siguiente al nuevo año chino.

—¿En febrero?

—Sí. La otra hace apenas tres semanas según varios testigos.

—¿Y...?

—He revisado los archivos. Hubo muertes accidentales, asesinatos y suicidios en esos días, pero ninguno en Chinatown que se sepa. Sin embargo...

—¿Qué? —los agudos ojos oblicuos del joven oficial de Homicidios se fijaron en los de su colega.

—En esas fechas, aproximadamente, desaparecieron de la circulación, sin que se sepa nada de ellos, dos personas muy espaciales.

—¿Quiénes?

—Dos pájaros de cuenta con numerosos antecedentes policiales de la peor especie. Dusty Reeves y Chang Tao.

—Un proxeneta y un traficante de estupefacientes... —recitó Wang, pensativo.

—Eso es. Dusty Reeves era un proxeneta que estuvo mezclado en la muerte violenta de una muchacha, una pobre prostituta de las que él explotaba, pero nunca se le pudo probar nada, y salió bien de ese

feo asunto. Siempre he pensado que él la liquidó. En cuanto a Chang Tao, además de traficar en drogas, era dueño de varios fumaderos de opio en Chinatown, y se le acusó un día de haber causado la muerte a dos drogadictos, por exceso de dosis. La acusación se basaba en un testigo que murió misteriosamente en un raro accidente, antes de aparecer ante la corte, y eso le permitió salir absuelto.

—De ese caso me acordaba, aunque yo por entonces no era todavía oficial de policía —confirmó Wang, afirmando con la cabeza—. Si, tiene razón, Kelly, eran dos buenas piezas. Pero su desaparición no explica el sonido de esas campanillas. Ni parece tener la menor relación con la muerte de esa chica, Norma Talbot. Ella no parecía estar relacionada con rufianes de semejante calaña.

—Ni mucho menos. Su socio en ciertos negocios era nada menos que Alexander P. Harvest, Charlie.

—El hijo de Arnold P. Harvest... —silbó entre dientes Wang—. Nada menos.

—Sus negocios son aparentemente intachables, y su vida comercial y privada no parecen ofrecer la menor sombra. Admito que usted tuvo razón antes, Charlie: esto no tiene el menor sentido.

—¿Existen familiares de la víctima?

—Una hermana mestiza, hija de una mujer china y del padre de Norma Talbot.

—Es interesante saber eso. ¿Dónde está ella?

—Aquí, en San Francisco. Y trabaja en Chinatown.

—¡Vaya!

—Pero no tenía relación alguna con Norma últimamente. La chica es contable y cajera de un club nocturno bastante decente. Mis últimas noticias son que buscaba un detective privado.

—¿Un detective privado? ¿Para qué? —se extrañó Wang.

—Lo ignoro. Tal vez para que investigue lo de su hermana.

—Ningún detective puede investigar un caso de homicidio —comentó Wang.

—Claro que no. Pero si es cierto que ha recurrido a un determinado investigador, no será tan tonto como para admitirlo. Dirá que investiga otro aspecto de la cuestión, al margen del expediente policial.

—¿Qué detective es ése?

—Según mis referencias, Wade Slater.

—¡Wade Slater! —pestañeó Wang. Luego soltó una carcajada—. Vaya, el pillo más grande de todos los de su profesión...

—Estamos de acuerdo una vez más. No me cae bien ese tipo —gruñó Kelly.

—En eso no estamos de acuerdo. Wade es amigo mío. Sus

granujadas siempre me hicieron gracia.

—A mí, no.

—Creo que iré a verle. Vale más tenerlo al lado en el asunto que trabajando por su lado y por las malas. Todo lo que tiene de pillo, lo tiene de listo. Sí, decididamente, creo que vale la pena entablar contacto con Wade Slater...

\* \* \*

—De modo que sospechas que yo investigo el asesinato de Norma Talbot...

—No lo sospecho, Wade —rio el teniente Wang—. Estoy seguro de ello.

—Charlie, sabes que no puedo ocuparme de algo así, estando en manos de la policía...

—Vamos, vamos, no me vengas a mí con ésas, Wade. Sabes que no voy a tragármelo.

—Me das la impresión de hablar como el teniente Kelly.

—Pero no soy el teniente Kelly. Soy Charlie, tu amigo.

—Hum... —desconfió Wade—. Los amigos, cuando son policías, me hacen recelar. Sobre todo, cuando vienen a verme.

—Wade, yo no voy a quitarte la licencia porque te metas donde no debes. Te conozco demasiado bien para eso. Sé que podrás probarme que te ocupas de cualquier cosa relativa a esa pobre chica, menos de su muerte. ¿Me equivoco?

—He sido contratado para averiguar cuál era su vida privada últimamente.

—Está bien, Wade. Supongamos que me lo he creído todo. Ahora dime el resto. ¿No querrá comprobar tu cliente que es la única heredera de la fortuna, sin nadie que la estorbe en el camino hacia el dinero?

—Yo no he dicho que mi cliente sea heredero de nada, y menos aún que sea mujer —replicó Slater, en guardia.

—Vamos, vamos, sabemos perfectamente que Sue Talbot es tu cliente, Wade. No trates de disimularlo con el secreto profesional y todas esas tonterías.

—Parecéis saber muchas cosas sobre mí y muy pocas sobre el asesinato de Norma Talbot, Charlie —rezongó Slater de mala gana.

—Porque los policías estamos para eso: para intentar saberlo todo. Y el investigarte a ti es más fácil que buscar a un asesino por toda la ciudad.

—Por Chinatown, querrás decir.

—¿Supones que es alguien de Chinatown?

—No lo sé. Pero es seguro que estaba allí esa noche, ¿no?

—Eso sí es evidente. ¿Qué has descubierto hasta el momento?

—Se supone que no tengo que decir nada a la policía, mientras lo que descubra no sean evidencias relacionadas con el crimen.

—Escucha, Wade. Soy tu amigo, aunque sea policía —sonrió Charlie Wang con ironía—. No te pido eso a cambio de nada. Colabora con nosotros, y nosotros colaboraremos contigo.

—El teniente Kelly no colaboraría conmigo por nada del mundo.

—Pues lo haré yo. Soy el primer oficial de Homicidios en Chinatown, de modo que puedo cumplir mi promesa. Dime lo que sepas. Yo te contaré lo que hemos averiguado al respecto.

—Vas a llevarte una desilusión —bostezó Wade—. No es mucho lo que he sacado en limpio. Esa chica llevaba una vida tan reservada, que nadie sabe nada de ella, aunque alguien sospeche que sí tenía realmente un romance, aunque bien escondido.

—Adelante, de todos modos.

Slater le contó lo poco que sabía a través de Sue Talbot y de Alexander P. Harvest. Aún tenía que ver a Kwoon Lin, el dueño de *La Campana de Cristal*, cosa que haría esa misma noche. Luego intentaría encontrar al presunto amor de Norma Talbot, si había alguna posibilidad humana de encontrarlo.

—No es mucho —admitió Charlie Wang, defraudado, al final del relato—. Yo tampoco te puedo contar demasiado. La autopsia ha confirmado que murió víctima de un arma oriental, un sable curvado que no ha aparecido aún. Las heridas parecen hechas por alguien que sabía utilizar esa arma y cómo producir mutilaciones rápidas y precisas. Varios testigos oyeron el tintineo musical de unas campanillas en la zona del asesinato. Tampoco se ha encontrado nada que lo explique. En cuanto a otras ocasiones en que fueron oídas, coinciden, al parecer, con la desaparición de dos tipos de los bajos fondos de San Francisco, Dusty Reeves el proxeneta y Chang Tao, el traficante de drogas, pero no con crimen alguno. Y ahí terminan nuestros conocimientos del caso, por el momento.

—Es curioso —comentó Wade, arrugando el ceño—. Muy curioso...

—¿Tú crees? —Dudó Wang, sacudiendo la cabeza—. Lo cierto es que no parece tener mucho sentido.

—No lo tiene. Eso es, precisamente, lo curioso. Los dos tipos que has nombrado eran evidentemente, dos buenos rufianes de la peor especie. Norma Talbot parece ser una muchacha normal, ambiciosa y discreta, que vivía una existencia sin escándalos ni relaciones con gente alguna de mala condición, asociada a un importante hombre de negocios de la mejor familia, y sin conocersele siquiera una relación

amorosa. Extraña diferencia entre unos y otra, por tanto.

—Hablas de Reeves y de Chang Tao como si estuvieran muertos —sonrió Charlie Wang con ironía—. Y, que ya sepa, sólo figuran como desaparecidos en los archivos del departamento.

—Te sorprenderías lo frecuente que es en las personas desaparecidas, no volver a aparecer nunca más.

—Aunque fuera así, ¿qué relación podrían tener semejante pareja de ratas con una mujer como Norma Talbot?

—No lo sé. Por eso dije antes que era curioso. Nada más, Charlie. Fue un simple comentario.

—Tus comentarios siempre son dignos de tenerse en cuenta, Wade. Aunque mi colega Kelly no lo crea, posees una mente brillante y un gran sentido de la intuición.

—Eres muy amable conmigo; pero si no fuera así, podría dedicarme a otra cosa, ¿no te parece?

Wang asintió, sonriente, y paseó por el despacho del detective, al parecer profundamente preocupado por algo. Se detuvo, miró hacia Powell Street, por donde se movía el viejo tranvía como una oruga brillante de color, remontando las cuestas de la ciudad en su sempiterno recorrido, y comentó con voz sorda:

—No me gusta el asunto que tengo entre manos, Wade.

—A mí tampoco, la verdad —suspiró Slater—. Pero tenemos que seguir en ello, pensemos lo que pensemos. Tú, con tu homicidio. Yo, con mi investigación de la vida privada de Norma Talbot.

—No digas tonterías, Wade —se irritó el joven oficial de policía—. Ambos vamos detrás de lo mismo, bien lo sabes.

—Bueno, pero al menos guardamos las apariencias oficialmente —rio con cinismo Slater—. La verdad es que me sorprende que una joven hermosa, rica y con un mundo de negocios alrededor suyo, careciese de relación amorosa con alguien.

—¿Piensas igual que Alexander P. Harvest?

—Él la conocía mejor que nosotros, Charlie. Y cree que Norma ocultaba algo. Es posible que él esté en lo cierto, después de todo.

—Aunque así fuera, ¿de qué nos serviría encontrar al posible amor secreto de Norma Talbot? Su amante no iba a matarla precisamente en Chinatown, delante de todo el mundo, y haciendo sonar una maldita musiquilla de campanitas de plata y cristal. Es absurdo imaginarlo, cuando lo más cómodo para un tipo en sus condiciones, sería eliminar a su amada en el propio lugar donde secretamente de reunieran.

—¿Y si Norma no tenía un sólo amor, y él, al seguirla a Chinatown esa noche, la encontró con otro hombre o saliendo de alguna vivienda en particular?

—¿Crimen pasional? —Wang hizo un gesto ambiguo. Sus inescrutables ojos de oriental reflejaron perplejidad—. No lo creo. Usar un arma oriental y mutilarla limpiamente, no es la reacción normal de un enamorado celoso. Las heridas fueron precisas, ya lo dijo el forense. Como hechas con toda frialdad y cálculo por el asesino. Eso contradice toda hipótesis pasional, Wade.

—Sí, y también la endiablada musiquilla de marras —gruñó Wade, pensativo—. En fin, seguimos como al principio: en total oscuridad los dos.

—Pienso seguir adelante con ello, Wade. ¿Y tú?

—También, claro. Tú cumples una obligación ciudadana. Yo cobro unos honorarios por hacer lo que hago. Ambos debemos seguir adelante, nos guste o no.

—Espero que juegues limpio conmigo, Wade —había cierta nota de advertencia en la suave y amistosa voz de Charlie Wang.

—Totalmente —alzó Wade una mano, con aire solemne—. ¿Y tú, Charlie?

—No estoy obligado a ello, como tú. Pero sabes que lo haré —le tendió la mano, con una sonrisa más amplia, y luego se encaminó a la salida—. Hasta pronto, Wade.,

—Hasta pronto, Charlie. Y suerte.

—Lo mismo digo... por la cuenta que nos tiene a todos —sonó la voz de Wang, ya cuando la puerta se cerraba tras el joven policía de sangre china.

Wade Slater se quedó pensativo, ante su ventana, viendo salir a Wang de la casa y subir a su coche oficial, que se dirigió hacia Stockton, sin duda para adentrarse en el barrio Chino sin más demora, y reanudar allí las investigaciones en torno al misterioso asesinato de Norma Talbot.

—Hubo otras veces en que sonaron las campanillas de la muerte —murmuró en voz alta Wade, hablando consigo mismo—. Y desaparecieron dos hombres. Dos tipos de la peor calaña... Ahora muere una mujer aparentemente intachable... ¿Qué relación puede existir entre ambas cosas, aparte el sonido de campanillas?

Wade Slater no encontraba respuesta a esta pregunta que se estaba haciendo. Pero ni siquiera podía imaginar que en breve plazo, otra vez las calles de Chinatown conocerían el sonido de esas misteriosas campanitas.

Y qué, como en la trágica noche en que alguien mutiló brutalmente a Norma Talbot, otra persona moriría al son de esa musiquilla siniestra.

## CAPÍTULO IV

Había hecho un día tibio y soleado. Pero bruscamente, al atardecer, gruesos nubarrones se empezaron a acumular sobre el centro de la ciudad. No tardó demasiado en caer una verdadera cortina de agua que convirtió las calles empinadas de San Francisco en auténticos torrentes. Algunos relámpagos rasgaron el cielo, tiñendo de un lívido tono cobrizo las fachadas de los edificios. El tamborileo del trueno resonó distante pero continuado.

El asfalto de Chinatown era como un negro espejo donde se reflejaban multicolores los anuncios luminosos y las lámparas pintorescas orientales de los negocios todavía abiertos. Muchas luces se fueron apagando, y se cerraron puertas donde sabían que, con el temporal, ya no iban a recibir más clientes durante la noche.

Los tejadillos chinos de la entrada sur a Chinatown, en Bush Street, con sus salientes, adornos y míticas figuras de pagoda del monumento importado de Taiwán como un presente para Chinatown del Gobierno de Formosa, chorreaban agua ruidosamente por sus rojos canalillos, mientras los azules dragones que montaban guardia en su puerta brillaban más bruñidos que nunca.

Dentro, en las calles de Chinatown, eran escasos los transeúntes que se atrevían a desafiar el aguacero. Apenas unos pocos vehículos se movían por las calzadas, levantando surtidores de agua a su paso, y algún que otro oriental, con su larga indumentaria recogida, para no mojarla en los charcos, y un paraguas pintoresco para cubrirse de la lluvia, cruzaban de vez en cuando, buscando rápida protección contra el temporal.

Pero no todos huían de las solitarias calles batidas por la lluvia. No todos tenían prisa.

Alguien se movía cauteloso en las calles y pasajes más angostos, perdidos entre las vías principales de Chinatown, no lejos de las calles Clay y Sacramento.

Ese alguien era un asesino. Era la muerte.

Y su víctima no estaba lejos. Pero sí estaba bien ajena a la suerte trágica que le aguardaba.

Todo comenzó con un repentino, melodioso tintineo musical. Como si celestiales campanillas hechas de puro cristal y delicada plata

empezaran a surgir de todas partes a la vez, mezclándose con el rumor sordo de la lluvia y el lejano tamborileo de algún trueno perdido.

La música sorprendió a la víctima elegida. Giró la cabeza, con perplejidad, como si buscase el origen de la misma.

No vio otra cosa que la cortina de lluvia, el luminoso de caracteres chinos de un restaurante abierto toda la noche, y el lejano bamboleo de una ristra de farolillos de papel chinos, mojándose lamentablemente bajo la cortina de agua.

Pero la música fantástica siguió sonando, e incluso aumentó su volumen.

La sorpresa y desconcierto del viandante creció de punto. Algo parecido a la inquietud brilló en sus ojos, bajo el ala del sombrero de material impermeable. Humedeció sus labios con la lengua y, presa de súbita aprensión, empezó a acelerar el paso sobre el asfalto mojado, como si pretendiera huir de aquel sonido a la vez dulce y siniestro.

No consiguió nada. La musiquilla parecía moverse, desplazarse con él mismo. Seguía envolviéndole, igual que un invisible jirón de bruma hecho simplemente de arpegios melódicos.

El hombre aceleró su marcha, torpemente, hundiendo un pie en un charco. Juró entre dientes, irritado, al sentir las salpicaduras del agua. Miró al suelo. Borrosamente, descubrió la sombra de sí mismo, bailoteando en el agua oscura, junto a los parpadeos de un luminoso cercano.

También descubrió algo más en el charco de lluvia. Junto al reflejo del parpadeante rótulo rojo de luz fluorescente con el exótico nombre de un local chino, otra sombra humana se reflejó, confusa, oscura, distorsionándose de forma extraña a causa de la agitación del agua en torno a su pie.

Luego, tan súbitamente como surgiera, era negra silueta humana ya no estaba en el espejo negro y móvil del charco. Levantó la cabeza. Sus ojos escudriñaron la calle hacia su desembocadura en una avenida más amplia e iluminada.

No había nadie a la vista en estos momentos. Sólo él, moviéndose bajo la fina y fría cortina de agua. Parecía ser el único habitante de todo Chinatown.

Se animó, pensando que estaba dando demasiada importancia a una simple sombra y a una musiquilla absurda. Echó a andar con renovados bríos, en dirección a las luces y automóviles de Clay Street, al final del pasaje.

El luminoso rojo quedó atrás, con sus guiños intermitente, y cruzó por delante de la cristalera de una pequeña tienda de antigüedades, desde cuyo escaparate parecieron contemplarle burlonamente gordezuelas figurillas de marfil o jade representando a un risueño

Buda chino, delante de la decoración de seda o de bambú de diversos tapices o cuadros típicos orientales pintados a mano con delicada ingenuidad, sobre los eternos motivos del río, el puentecillo, la pagoda y los dragones.

Se sonrió el hombre, como burlándose de sí mismo por haber sentido algo parecido al miedo unos momentos antes. Era ridículo asustarse por una simple sombra o por el paso furtivo de algún desconocido, tan temeroso de la noche, la lluvia y la oscuridad como él mismo. Chinatown era sólo un barrio pintoresco y laborioso, donde una comunidad de origen oriental vivía de su trabajo y de los turistas visitantes, sin suceder en sus calles céntricas ningún hecho que no pudiera ocurrir exactamente igual en North Beach, en Telegraph Hill o en Fisherman's Wharf, por ejemplo.

Sin embargo, no hacía mucho tiempo que una misteriosa musiquilla había sido como precursora o compañera de la muerte. Eso lo recordaba bien el individuo solitario que caminaba bajo la lluvia. Por eso se había asustado al oírla.

Ahora había cesado. Pero eso sólo ocurrió durante unos momentos. De súbito, volvió a sonar de nuevo. El hombre se puso rígido, y miró hacia la tiendecilla de antigüedades, en cuya puerta, quizá, hubiese una de esas graciosas campanillas de cristal y metal, para advertir del uso de la puerta.

Pero la puerta del establecimiento seguía inmóvil, cerrada y sin que nadie la tocara. Pese a ello, la música sonaba de nuevo en alguna parte, no lejos de él.

Respiró hondo, hundió sus manos en los bolsillos del impermeable, y avanzó rápido hacia el final del pasaje, para salir lo antes posible a Clay Street, con sus mil establecimientos típicos, de comida cantonesa, obras de artesanía china y cabinas telefónicas con techos de pagoda.

Nunca llegó allí con vida. Mucho antes de pisar Clay Street, ya tan próxima a él, la muerte se materializó ante el hombre con súbita y violenta virulencia.

Fue como un estallido repentino de horror en el callejón oscuro. Un grito ronco, convertido pronto en alarido de infinita agonía, sonó bajo el rumoroso golpeteo de la lluvia. Un centelleo cárdeno en el cielo iluminó por un instante el chorro de sangre que escapaba de un cuerpo humano, y se quebró con fulgor siniestro en una hoja de acero.

Luego, en el pasaje solitario, algo rodó sorda, grotescamente, por el asfalto mojado. Algo que no era un cuerpo humano todavía, porque la figura del agredido se bamboleaba, a punto de caer.

Lo que rodaba por el asfalto negro, encharcado, como espantosa esfera viviente, era... la cabeza de la víctima.

Limpia, certera, brutalmente decapitado, el hombre rodó luego por el suelo, como si el cuerpo fuese en busca de su perdida cabeza.

Mientras, en alguna parte, la musiquilla melodiosa, vibrátil, casi dulzona, persistía, como trágico contrasentido ante la sangre que se mezclaba, torrencial, con el agua de lluvia que caía incesantemente del negro cielo.

\* \* \*

Wade Slater miró en torno suyo con aire precavido.

Luego, como quien no quiere la cosa, se inclinó, con su mano envuelta en la tela, y golpeó el vidrio de la ventana.

Este cedió, quebrándose y cayendo al interior. Rápido, pasó la mano por el hueco y accionó la falleba. Abierta la ventana, saltó al interior.

Se quedó allí parado, escudriñando por los cristales hacia la calle. Nadie, en la empinada avenida de casas victorianas cuidadosamente conservadas, parecía haber advertido su acción. El joven detective respiró aliviado. En Nob Hill no estaba bien visto asaltar una casa ajena, desde luego. Allí vivían demasiados millonarios para que la policía no fuese especialmente dura con los merodeadores de aquella zona residencial de San Francisco.

Sin embargo, tenía el campo libre. Había logrado entrar en la suntuosa vivienda, y no había nadie en ella que pudiera molestarle. Después de todo, Norma Talbot ya no existía, y su servidumbre habla estado siempre compuesta por dos mujeres que iban a hacer las tareas de la casa dos veces por semana; se había enterado bien de semejantes detalles, antes de aventurarse a entrar en la vivienda de la difunta hermana de su cliente.

Miró en derredor, corriendo las cortinas para no ser visto desde la calle, si alguien fijaba especialmente su atención en aquella casa vacía. Era una estancia amueblada lujosamente, con cortinajes costosos y profusión de detalles decorativos propios de los tiempos de la británica reina Victoria. Un hogar apagado servía de emplazamiento para un radiador de la calefacción. Sobre la repisa, numerosas figurillas de porcelana decoraban delicadamente el lugar.

No parecía haber allí nada que fuese de su interés. Salió de la estancia, empezando a moverse por la casa en penumbras con toda precaución. Aunque estaba solo, no quería provocar algún ruido que, escuchado desde el exterior por los vecinos, pudiera atraer allí a una patrulla de vigilancia.

En la planta baja, todo se reducía a dos salones, una biblioteca, un comedor y al fondo una cocina, una despensa y un cuarto de baño.

Subió a la segunda planta de la casa. Allí era distinto. Había tres

dormitorios, un living, otro cuarto de baño, un pequeño servicio de aseo y una estancia destinada a salita de lectura y de costura, frente a un mirador de tres vidrieras, muy victoriano.

Solamente un dormitorio había sido ocupado habitualmente, y poseía una gran cama de matrimonio con dosel, típica de la época en que fue construida la vivienda. Evidentemente, Norma Talbot no era nada modernista. El mayor conservadurismo se apreciaba en la decoración y mobiliario de la casa, e incluso en los más nimios detalles, como cornucopias, grabados antiguos y reproducciones de cuadros, todo ello respetando el sabor de su tiempo, sin restarle por ello comodidad. Incluso las lámparas, de luz eléctrica, naturalmente, estaban adaptadas a viejas luces de gas y mecheros antiguos con pantallas de vidrio opaco decorado, como si todavía el gas siguiera existiendo en aquella casa, donde el tiempo se había detenido por causa de algún mágico e inexplicable sortilegio.

Sin embargo, ya había cosas modernas en la habitación de Norma y en sus saloncitos: teléfono, un pequeño televisor portátil en color, un tocadiscos estéreo con sus baños, una radio a transistores, banderines deportivos y fotografías enmarcadas, mezclándose con los cuadros y cornucopias, en flagrante anacronismo.

Eran fotografías de ella, en su mayor parte. Contempló Wade a Norma Talbot en sus diversas poses fotográficas, desde un semidesnudo en una playa desierta, hasta una gran fotografía de su rostro en primer plano, realmente bella y sugestiva.

Norma Talbot había sido muy atractiva. Pero no estaba allí para comprobarlo. Había ido a su casa por razones muy distintas.

Empezó a revisar sus cajones. Encontró ropa limpia y planchada, prendas íntimas de mujer, blusas, vestidos colgados en los armarios, zapatos, bolsos, pantalones téjanos y blue shorts de total actualidad... También halló dinero en un billetero, cosa de dos o trescientos dólares en efectivo. Nadie los había tocado de allí. También había documentos de negocios en un portafolios de cuero fino, con las iniciales N. T. incrustadas en oro, y un bolígrafo de igual metal, con las iniciales de ella, prendido en el interior del portafolios.

Revisó aquellos papeles con cierto desencanto. No había nada misterioso ni íntimo en ellos. Todos eran documentos de sus empresas, facturas y recibos, impresos y copias de correspondencia comercial. Nada personal, nada sobre la Norma Talbot mujer, sino solamente sobre la Norma Talbot mujer de negocios.

—¿Es que realmente nunca sabía ser tan sólo una mujer? —refunfuñó Wade para sí, tras revisar los cajones de la mesilla de noche con igual fracaso que en los demás.

Se puso con las manos en los bolsillos, perplejo, mirando en derredor a todos los muebles allí situados. Lo había revisado todo, sin

encontrar nada. Ni una carta amorosa, ni unas señas en una agenda, ni una fotografía, ni un recuerdo personal de alguien, de un hombre cualquiera.

Volvió a examinar las fotografías del muro. Observó que una muchacha de rostro exótico, oriental, y gran belleza, se repetía en tres de ellas, teniendo siempre abrazada a Norma, salvo en una, en que también Norma pasaba su brazo por el cuello de la muchacha, vestidas ambas en shorts y blusa, por un punto costero.

Las estudió con curiosidad. Una idea cruzó su cabeza.

«¿Sería lesbiana y ésa sería su... su amor?», se preguntó, desorientado.

Las fotografías, naturalmente, no le daban ninguna respuesta; pero quitó una de las tres del muro, la sacó del marco y la guardó consigo. El marco vacío, colgando de la pared, fue como un agujero hacia la nada, en medio del conjunto denso y anticuado.

De repente, los ojos de Wade se fijaron en algo. Una figurilla sobre el tocador de Norma Talbot. Había pensado inicialmente que era la artística tapa de algún tarro o polvera, pero no era así.

Se trataba de un Buda de jade sobre un soporte circular de ónix, de un grosor superior a los dos centímetros. No era una caja, sino simplemente la base del Buda, artísticamente tallado a mano sobre un jade de respetable tamaño y pureza.

Aquella figurilla podía ser adquirida en cualquier parte, pero sobre todo en Chinatown. ¿Había ido otras veces Norma Talbot a ese barrio, contra lo que la policía y su hermana Sue pudieran pensar?

Miró bajo el soporte. Aún tenía una pequeña etiqueta dorada adherida a la peana de negro ónix. Los ojos de Wade Slater centellearon vivamente.

Leyó la etiqueta:

Ho Wei, *el Mandarín*. Clay Street, 220.  
Chinatown. San Francisco. Cal.

—Vaya, no iba yo descaminado —murmuró Wade—. Chinatown... Ella lo adquirió allí. O alguien se lo regaló...

Guardó también en un bolsillo de su gabardina el objeto chino, sin ningún escrúpulo. Luego salió del dormitorio de Norma Talbot, para dirigirse a su salita de lectura y costura, donde se hallaba emplazado el televisor. Revisó todo con rapidez. Allí solamente había libros, algunos magazines de actualidad ilustrados, un mueble con discos y un pequeño mueble bar, disimulado en una consola victoriana de madera de nogal.

Tampoco allí encontró nada de particular y, tal vez por simple

curiosidad, en busca de los gustos musicales de la difunta, comenzó a examinar sus grabaciones cuidadosamente alineadas en dos estanterías. Había numerosos discos de música clásica, en especial Haydn, Brahms y Mozart. También encontró un doble disco en álbum de lujo, que recogía las sinfonías de Mahler.

Y, para sorpresa suya, entre esas grabaciones clásicas y algunas otras de buen jazz, saltó ante él un disco absurdo.

Era un single con funda barata, en la que aparecía el rostro de un joven cantante actual, rubio y vestido con ceñidas ropas de cuero negro, a lomos de una poderosa motocicleta «Harley Davidson». Las dos piezas del single tenían un nombre tan grotesco como el estilo del joven intérprete: *Te doy mi amor volando por la carretera y Seremos felices con salvaje decisión al partir juntos*.

Wade arrugó el ceño. Una chica que escucha a Haydn, a Mahler o a Brahms, no es posible que sienta nada escuchando algo así. Y menos aún que lo conserve entre sus escasos y bien seleccionados discos. La única grabación de música ligera que recordaba haber visto en la discoteca era un disco de Bob Dylan. Y de Dylan a aquel caballero de pelo rubio, jinete en una «Harley», había un abismo.

De todos modos, puso en marcha el tocadiscos, redujo su volumen lo más posible, y situó el disco en el plato.

Torció el gesto cuando brotó la música por los altavoces. Una serie de instrumentos de percusión parecían empeñados en enloquecer al que escuchase la pieza, y entre todo ello emergía la voz afeminada y espasmódica de un jovenzuelo empeñado en gritar todo cuanto le era posible, ayudado por los trucos de grabación del estudio. El resultado era horripilante.

Quitó el tocadiscos con rapidez, y miró de nuevo la funda del disco. El nombre del cantante aparecía en grandes letras amarillas: Fabián Rockwood.

—Fabián Rockwood —recitó Wade en voz alta, reintegrando el disco a su funda—. Maldito sea, antes oí hablar de él. Ahora comprendo por qué...

Sin embargo, el disco estaba editado por un sello disco-gráfico de primera fila, una multinacional de la música en conserva.

Sin motivo alguno concreto, giró el disco. Y entonces se llevó la sorpresa.

La funda aparecía escrita por atrás. Dedicada con letra angulosa, enérgica y vital. La dedicatoria le dejó perplejo, desorientado.

*«A mi amada Norma, como recuerdo de quien más la quiere en el mundo. Espero lo escuches siempre. Tu Fabián.»*

—Vaya... —murmuró Wade Slater, asombrado—. Al fin apareció el rastro... donde menos podía imaginarme...

—¿Por qué no deja eso, amigo? ¿O quiere que le mate?

Alzó la cabeza, sobresaltado, dejando caer el disco sobre la mesa cercana. Pero no podía hacer más. Y menos que nada intentar tomar su revólver.

El tipo que le encañonaba desde el umbral de la habitación esgrimía una pistola automática con la que le estaba encañonando sin contemplaciones.

Era el joven rubio de la portada del disco. Fabián Rockwood, en persona.

## CAPÍTULO V

El teniente Wang suspiró, bajando la sábana sobre el cuerpo. Sus ojos rasgados, oblicuos, miraron al teniente Kelly con expresión ensombrecida.

—Otro más, Kelly —comentó.

—Sí, maldita sea —farfulló Jason Kelly, sacudiendo la cabeza—. Otro más.

—De nuevo Chinatown, la musiquilla... y la muerte violenta, feroz.

—Esta vez ha sido un hombre —gruñó Kelly—. Un hombre duro y nada fácil de sorprender, Wang.

—Lo sé. Shelby Horton no era un novato en lides de esta clase. Lo lógico es que se defendiera de cualquier agresor. Iba armado, incluso.

—Siempre lo iba, desde que se hizo detective privado. Había sido antes un buen policía también —afirmó Wang—. Cielos, ¿por qué le matarían a él esta vez?

—Creo que nos va a costar tanto averiguarlo como saber quién y por qué asesinó a Norma Talbot, amigo mío —rezongó malhumorado el teniente Kelly—. Es asunto suyo más que mío, sin embargo. Lo siento por usted, Charlie.

—Yo lo siento por Horton —hubo cierta amarga ironía en la voz de Charlie Wang—. Un fracaso no me llevará a la tumba, Kelly. Y él ya está en ella.

—Horton era un buen conocedor de Chinatown. Había trabajado allí como patrullero y policía, antes de dedicarse a detective privado —recordó Kelly, pensativo—. ¿Qué andaría buscando por sus calles anoche?

—Tal vez lo mismo que nosotros y que Wade Slater —opinó Wang—. Al asesino del sable oriental y la musiquilla melodiosa.

—No me hable más de esa música, Charlie. ¿Usted entiende por qué diablos tiene que sonar en la noche, siempre que ocurre algo así? Esta vez también han sido varios los testigos, en Clay Street y en Sacramento Street, los que oyeron el sonido justamente a la hora en que, sin duda, alguien atacaba por sorpresa a Horton, segándole la cabeza como se corta el maíz o el trigo.

—Tal vez si supiéramos la causa de esa música y el modo extraño

que tiene de extenderse en un determinado radio de acción, estaríamos más cerca del criminal y de sus motivos. Esto empieza a parecerme ya la obra de un maníaco sediento de sangre.

—He ordenado encontrar a Dusty Reeves y a Chang Tao, estén donde estén, vivos o muertos —mencionó Kelly, paseando nervioso por la sala de la Morgue—. Los muchachos de mi grupo ya andan metidos en esto a fondo.

—Tal vez fuese un indicio más si apareciesen vivos los dos. Pero si están muertos, ¿qué podemos pensar? Un asesino que elimina a dos rufianes del hampa de la ciudad, a una mujer rica y de negocios, sin indicios de vida censurable alguna, y finalmente a un detective privado con fama de hombre duro pero honesto, no parece atenerse a norma alguna concreta. Ni sus asesinos tener otro móvil posible que la demencia homicida. Las víctimas son demasiado diferentes entre sí para encontrarlas un anexo común.

—¿Y si lo hubiera, Charlie? —sugirió Kelly, ceñudo.

—Lo encontraremos —aseguró el joven policía oriental—. Pero si no lo hay, ya sólo nos quedará la posibilidad de buscar en esta ciudad a un chiflado que ataca indiscriminada y ferozmente a cualquier persona, eligiendo como centro de sus operaciones el barrio Chino de esta ciudad, por el motivo que sea y que, en buena lógica, no puede ser más que uno de estos dos: o el criminal reside allí, o conoce muy bien el escenario de sus crímenes y posee un refugio seguro donde ocultarse tras su felonía.

—Eso sí que tiene sentido, Charlie. Ahora me gustaría que charlara de nuevo con su amigo Slater y me lo trajera para charlar también conmigo.

—¿Qué tiene que ver Wade en todo esto, Kelly? —se sorprendió Wang.

—No lo sé. Pero él trabajaba en el caso Talbot, y ahora han matado a un colega suyo. Puede que tenga algo que contarnos al respecto.

—No estoy seguro de eso, pero lo buscaré —Charlie Wang consultó su reloj de pulsera—. Ahora voy a ocuparme de los testigos que oyeron la música de campanillas, así como de los detalles referentes al crimen. Luego iré a buscar a Wade. Después de todo, me imagino por dónde andará en estos momentos.

—¿Por dónde? —se interesó Jason Kelly, mirando a su colega.

—No lejos de Nob Hill —sonrió el oficial de Homicidios de rostro imperturbable y piel aceitunada—. Después de todo, él investiga la muerte de Norma Talbot, y ni siquiera debe saber nada aún sobre este nuevo crimen. No tengo duda alguna de que la vida privada de Norma Talbot sigue intrigándole lo suficiente como para buscar en ella las

causas del asesinato.

—No se habrá atrevido a..., a entrar en casa de Norma Talbot sin autorización —se escandalizó el teniente Kelly—. Está clausurada por orden oficial y...

—Pues me temo, teniente, que eso es lo que habrá hecho mi buen amigo Wade... o yo no le conozco en absoluto.

\* \* \*

Wade se quedó mirando fijamente la pistola que le encañonaba. Luego miró al joven rubio. Estaba pálido y demacrado. Ya no vestía con pantalón y cazadora de cuero negro, ceñido a su delgada y juvenil figura, pero distaba mucho de vestir con elegancia. Sus téjanos eran viejos y gastados, y también su camisa de dril azul-gris. La mano que esgrimía el arma no temblaba lo más mínimo. Parecía realmente dispuesto a matar allí mismo al intruso que hurgaba en las cosas de Norma Talbot, como si esto fuese un crimen.

—¿Quién le ha dado permiso para entrar en esta casa? —le preguntó Wade Slater, acusador.

—Yo tengo llave —fue la fría réplica—. ¿Y usted? ¿Quién es y cómo entró aquí?

—Soy detective. Investigo. Estoy en mi derecho. Usted, no. Esta casa se cerró por orden policial.

—¿Y usted es policía, realmente? —dudó el joven.

—¿Por qué no voy a serlo?

—No habría entrado como un merodeador. Le vi romper el vidrio de la ventana. Yo vigilaba allá enfrente, dentro de un coche aparcado. Le di tiempo para que recorriera a su gusto la casa, y poderle coger por fin con las manos en la masa. Hable pronto, o le mato. ¿Quién es usted?

—Wade Slater. Detective privado —silabeó—. Puede comprobarlo por mi licencia. La llevo aquí, en mi bolsillo interior izquierdo...

—Estese quieto. No me interesa su licencia. Quiero saber por qué entró aquí.

—Ya se lo dije soy detective.

—Un detective privado también puede ser un asesino. ¡Usted mató a Norma!

—No diga tonterías. Estoy metido en esto para averiguar precisamente quién lo hizo y por qué. Me contrataron para ello.

—¿Quién le contrató?

—No puedo decir el nombre —resopló Wade—. Secreto profesional, entiéndalo.

—¿Quiere llevarse el secreto a la tumba? —amenazó el joven,

adelantando el brazo armado.

—No, no —se apresuró a negar Wade—. Está bien, se lo diré. Sue Talbot es mi cliente. ¿La conoce?

—Sólo de oídas. La hermana de Norma. Puede ser mentira lo que dice.

—También puede ser mentira lo que usted dice, Rockwood. Tal vez usted mató a Norma Talbot.

—¡Miente! Yo nunca le hubiera hecho daño a ella... —se le agolparon las lágrimas a los ojos, pero no le tembló tampoco la mano en esta ocasión.

—Como usted dijo antes, eso puede ser mentira. El amor conduce a hechos violentos e irreflexivos en ocasiones...

—¡Yo no la maté! La amaba. Y ella a mí. Sólo vivo para encontrar a quien lo hizo. Juré matarle con mis propias manos.

—No haga locuras. Sería encerrado por homicidio. No merece la pena vengarse. Sólo la ley puede hacerse cargo del asesino.

—Yo soy la ley, en este caso —casi sollozó el joven Fabián Rockwood, mirando el disco caído sobre la mesa—. Ella..., ella era buena, joven, hermosa... Ella me amaba. Era el único hombre en su vida... Y nadie, absolutamente nadie lo sabía...

—Empiezo a entender por qué. Usted es muy joven, Rockwood. Al menos diez años más joven que Norma Talbot, ¿me equivoco?

—¡Bien! ¿Y qué? —bramó el muchacho airado—. ¡Era también muy joven ella! ¡Nunca había tenido un amor, nunca se entregó a nadie como a mí! Era muy superior a todas, las chicas de mi edad. Nadie podía ser como ella...

—Rockwood, una mujer a quien se ama no puede ser una madre, sino solamente eso: una mujer. Existen ciertos límites para los sentimientos. Al final, ambos hubiesen comprendido que estaban en un error —suspiró Wade, tratando de ganar tiempo y ver de aprovechar un momento de debilidad de su adversario. Para ella, el amor era tener a su lado a un jovencuelo, a un efebo, y verter en él todo su cariño casi maternal. Para usted, era como hacer realidad un oculto complejo de Edipo, el deseo instintivo de todo muchacho joven por sentirse amado y por amar al lado de una mujer mayor.

—Usted no sabe lo que dice, sabueso asqueroso. Es demasiado rastrero para entenderlo. Norma era distinta a todas las mujeres. No tuvo nunca un amor antes del mío, ¿lo sabía? Era virgen la primera noche que nos acostamos juntos... Fue maravilloso, increíble... Algo que sólo se encuentra una vez en la vida. Una mezcla de madurez y de ingenuidad, de ternura y de pasión...

—¿Y usted, Rockwood? —preguntó Wade—. ¿También era su primera experiencia amorosa, quizá?

—¡No, maldito sea usted! —se irritó el rubio cantante—. Yo soy distinto. Creía saberlo todo. Tuve mi primer romance a los catorce años, violé a una chica a los diecisiete, y por fortuna ella no presentó denuncia, a cambio de vivir conmigo un tiempo... Luego conocí a otras chicas. Llegué a vivir con dos a la vez. Dos chicas viciosas, ¿sabe? Lesbianas y todo eso. «bisexuales», decían ellas. Por último, conocí a Lota.

—¿Lota?

—Sí. Extraño nombre, ¿no? Era bellísima, Una gran chica. Pero ya no cuenta. Dejó de significar algo en mi vida cuando se fue para siempre. Y quedó ella, Norma... Mi Norma querida...

—Ese disco fue grabado hace dos años —señalé la funda de brillantes colores con su fotografía—. Por una firma de primera categoría internacional. ¿Tuvo éxito, Rockwood?

—Debe saber usted la respuesta: no, no tuvo éxito. Norma creía que sí. Confió en mi calidad como cantante pop. La defraudé. El disco no se vendió. No volví a grabar otro.

—Pero llegar a que una firma así grabe un disco no es cosa sencilla, Rockwood. ¿Cómo llegó usted a conseguirlo y ver su interpretación en el mercado?

—Ese no es asunto suyo. Ni de nadie.

—Creo saber cómo sucedió —suspiró Slater—. Fue Norma, ¿verdad? Ella lo consiguió. Le presentó a gente importante en el mundo del disco, acaso incluso llegó a financiar esa edición...

—¡No siga! —se congestionó repentinamente, y pareció a punto de vaciar el cargador sobre el detective—. Maldito bastardo sucio y asqueroso, no siga por ahí o será peor para usted, cucaracha inmundita.

—Ya veo que acerté —sonrió fríamente Wade—. Usted era su niño mimado, ¿eh? Y sacó provecho de ello, aunque no le sirvió de mucho. Si no le sirve para algo, cuenta poco lo que los demás hagan por uno.

—Le convertiré en un colador, hijo de perra —amenazó, avanzando hacia él, con una expresión belicosa en su rostro—. No mencione a Norma para nada, no ensucie su nombre y su recuerdo con su palabra...

Wade aprovechó el momento. Fabián Rockwood se había situado a la distancia idónea de su brazo. Le bastó alzarlo con rapidez centelleante, y golpear una estantería cercana. De ésta cayeron sobre la cabeza de Rockwood' varias figurillas de mármol y marfil, sorprendiéndole. Wade se arrojó de rodillas al suelo, y zumbó una bala sobre su cabeza, yendo a estrellarse en el vidrio del mirador, que saltó en pedazos, mientras en la estancia retumbaba el estampido de la pistola.

Ya sobre la moqueta, Wade buscó a la desesperada su propio revólver, mientras Fabián Rockwood se volvía hacia él, para intentar de nuevo hacer fuego sin el menor escrúpulo.

Wade disparó su pierna izquierda, como si estuviera provista de resortes y muelles de acero. Su pie golpeó la mano derecha del joven cantante, y con una imprecación violenta de éste, su pistola voló de entre los dedos, disparándose de nuevo, sin tino, para ir a estrellar una bala en el mueble bar. Vidrios y botellas saltaron hechos añicos, y la moqueta se llenó de licor dulzón y espeso, derramado desde una estantería.

Wade se precipitó como un tigre sobre su joven antagonista, que hizo alarde de una pasmosa agilidad, eludiendo su choque, para buscar el arma desesperadamente. Wade, pesé a todo, logró encajarle un rodillazo brutal en el estómago, y Rockwood resopló, perdido el aliento, trastabillando hacia atrás y derribando una silla tapizada, antes de poder aferrarse a la pared y tratar de recobrar la respiración.

El detective le acorraló, lanzándose de nuevo sobre él, para asestarle un rudo cabezazo al vientre, cuando observó que Rockwood alzaba su pierna para recibirle con un puntapié. Recibió el impacto de refilón, pero a cambio de ello vio oscilar, perdido el color, a su joven contrincante, que se dobló, aferrándose el abdomen con expresión convulsa.

Wade ya no dudó. Recuperándose del impacto del pie de Rockwood en su costado, le martilleó con ambos puños en la nuca y el pómulo, haciéndole caer de rodillas, con un jadeo ronco.

Después se echó atrás el tiempo justo para extraer su revólver y apoyarlo en la barbilla del rebelde cantante con fuerte presión. Fabián Rockwood le miró con ojos dilatados por el terror, respirando dificultosamente.

—Ahora soy yo quien da órdenes, amiguito —jadeó Wade—. Brazos en alto, y ni un gesto tonto, o te vuelo la cabeza, mozalbete.

Para darle mayor fuerza a su amenaza, amartilló lentamente el revólver, que emitió un chasquido seco, espeluznante. Los ojos de Rockwood bailotearon en sus órbitas, frenéticos.

—Tranquilo, Wade —sonó una voz a espaldas de Slater—. No vayas a precipitarte tontamente. Ya estamos teniendo bastantes muertos últimamente para que tú añadas otro a la lista...

Wade Slater emitió un resoplido y, sin dejar de apuntar a Rockwood, miró a sus espaldas, contrariado.

—Vaya, tú... —comentó con disgusto—. ¿Quién te llamó a esta fiesta?

—Nadie —rio Charlie Wang con buen humor, entrando en la estancia con su mano significativamente hundida en el bolsillo de su

gabardina—. Pero hicisteis demasiado ruido para no atraerme aquí. Acababa de llegar cuando sonó el primer disparo. Me ha costado abrir la puerta principal con una llave maestra. Yo no tengo llaves de esta casa.

—Tampoco yo —gruñó Wade—. Pero él sí. Era el gran amor de Norma Talbot. Ya di con él, Charlie.

—Vaya... Le gustaban los chiquillos —comentó Wang, irónico, mirando a Rockwood.

—Maldito sea, no la ofenda más —sollozó el muchacho trémulo.

—No es ninguna ofensa, hijo —sentenció Wang, meneando la cabeza—. Pero Norma Talbot tenía casi treinta años.

Y tú no llegas a los veinte, seguro.

—¿Y qué? ¡Ella me amaba! Y yo a ella...

—Veo que tienes razón, Wade. Diste con el amor secreto de Norma Talbot. Te felicito.

—No tuvo mérito. El vino a mí, no yo a él.

—Ya. Me dirás cómo entraste aquí y para qué. Al teniente Kelly, no va a gustarle que te dediques a violentar residencias de Nob Hill...

—Que se vaya al diablo el teniente Kelly. Investigamos una muerte, ¿no?

—No —negó Wang apaciblemente—. Dos, Wade.

—¿Dos? —Slater le miró, sorprendido—. ¿A qué te refieres?

—Hubo otro crimen anoche, en Chinatown, entre nueve y diez de la noche. Entre las calles Sacramento y Clay.

—Dios... —farfulló Wade—. ¿Quién, esta vez?

—Un colega tuyo: Shelby Horton.

—¡Horton! No le conocía mucho. Pero tenía buena fama.

—Lo sé. Debieron usar la misma arma que la vez anterior.

—¿El sable chino? ¿Cómo sucedió, Charlie?

—Le decapitaron.

—¡Cielos!

—La cabeza rodó lejos del cuerpo. Algo espantoso. No hubo más mutilaciones esta vez. También sonaron las campanillas de costumbre.

—¿Qué conclusiones habéis sacado? —preguntó, mientras Wang esposaba al joven Fabián Rockwood, sin que éste opusiera la menor resistencia al policía oriental.

—Ninguna por el momento —suspiró Wang—. Las cosas tienen cada vez menos sentido. Hemos de averiguar si alguien había contratado a Horton y para qué. Si quieres ver el cadáver, puedo llevarte a la Morgue. Tal vez tú, como colega suyo, puedas ayudarnos en ese aspecto de la cuestión, Wade.

—Mi trabajo consiste en investigar el asunto de Norma Talbot, no

el de ningún otro, Charlie. Me pagan solamente para eso.

—Pues tendrás que colaborar, de todos modos, en especial si el asesino es el mismo en todos los casos. De cualquier manera, consulta antes con tu cliente, si lo prefieres.

—Sí, creo que esta noche haré una visita a Chinatown, para hablar con algunas personas, como un viejo amigo, Kwoo Lin, y su empleada en el club de su propiedad, Sue Talbot. De paso, veré el lugar donde mataron a Horton y todo eso...

—De acuerdo. Vamos ahora. Recuerda que estás ilegalmente en esta casa. ¿Te llevas algo de ella?

—No —mintió Wade, encogiéndose de hombros—. Después de todo, sólo buscaba indicios de la presencia de un amor en la vida de Norma Talbot. Y eso se ha dado sin necesidad de más.

Caminaron hacia la salida. El joven Rockwood se volvió, airado, hada ellos, con sus manos esposadas atrás.

—¿Por qué me detienen? —preguntó, malhumorado—. ¿De qué se me acusa?

—De varias cosas. La primera, de entrar en una casa ajena.

—Tengo derecho a ello. Norma me dio una llave. Puede encontrarla en mi bolsillo.

—Pudiste hacerla tú mismo, sin permiso de ella —acusó Wang, seco.

—¡Mentira! —aulló el cantante—. ¡Todo esto es una sucia trama contra mí! ¡Son todos ustedes, malditos polizontes, un hatajo de cerdos!

—Será mejor que te calles hasta que llegue tu momento de hablar. Recuerda que cuanto digas puede ser utilizado contra ti, y los insultos no te ayudarán en nada a salir de este lío. ¿Tienes licencia de armas?

—No... —jadeó Rockwood, inclinando la cabeza—. Pero la llevaba para vengar a Norma y hacer justicia...

—Eso se lo contarás al juez. De momento, es suficiente para arrestarte, por tenencia y uso indebido de un arma de fuego, Rockwood. De modo que andando, muchacho. Y sin más protestas.

Salieron de la casa. Wade sentía en su gabardina el peso del Buda de jade sobre ónix. Y en otro bolsillo, algo que no pesaba: una fotografía de Norma Talbot con una joven amiga de raza oriental. Esperaba conseguir algo con todo aquello, pero no sin pasar antes por Chinatown,

Sólo que ahora, las cosas se habían complicado más que nunca. Porque otro hombre había muerto la noche antes en las calles de Chinatown, sin duda a manos del mismo siniestro personaje que acabó con la amante de Fabián Rockwood.

Pero ¿por qué?

## CAPÍTULO VI

—¿Por qué?

Sue Talbot se quedó mirándole, tras hacer la pregunta. Wade Slater se encogió de hombros, tras tomar un sorbo de whisky, en la barra del club nocturno. En la puerta, tintineó una campana de cristalinas notas al abrirse aquélla y dar entrada a una pareja. Wade miró distraídamente hacia la campana de cristal que daba nombre al local, y sonido a la puerta de entrada.

—Nadie lo sabe —suspiró finalmente—. Todo es demasiado fantástico y extraño. No tiene el menor sentido.

—Norma con un joven amante, casi un adolescente... Un detective privado asesinado aquí mismo, en Chinatown... —se estremeció Sue, marcando en la registradora unas cifras y devolviendo al camarero el cambio de unos billetes— No puedo comprender lo que ocurre, Slater.

—Nadie lo comprende. Ni siquiera la policía. El desconcierto es total. ¿No sabe de nadie que haya podido contratar a Shelby Horton como detective privado, en relación con la muerte de su hermana?

—No, claro que no. ¿Por qué habría de hacerlo nadie, a no ser ese joven Rockwood de quien me ha hablado?

—No, Rockwood no creo que tenga dinero para pagar a un investigador particular. Además, no es la clase de tipo que haría algo así. Se proveyó de un arma, comprada clandestinamente, para intentar matar al asesino de Norma.

—¿No cree que fuese... el gigoló de mi hermana?

—No, no exactamente. El muchacho estaba fascinado por el amor de una mujer mayor que él. Y ella, sin duda, daba salida a sus instintos maternos acogiendo consigo a un amante demasiado joven. No le mantenía, si se refiere a eso, aunque le ayudó a grabar un disco de escaso éxito comercial. Supongo que ese fracaso debió desmoralizar al muchacho y desalentar a su hermana. Pero eso sucedió hace año y medio. Y el idilio seguía, celosamente guardado en secreto por ambos. Nadie sabía nada al respecto, ni siquiera Alexander P. Harvest, su socio en tantos negocios comunes.

—Pero no estaban casados, ¿no?

—No, que yo sepa. Tampoco él ha dicho estarlo. Si lo dice por el

dinero, puede sentirse tranquila, Sue. Todos los indicios señalan que usted es la única heredera de los bienes de su hermana.

—No, no me refería al dinero. Al menos, no por mí. Pensaba si podía haber alguien que tuviera un interés económico en deshacerse de Norma...

—Sólo usted.

Sue le miró con sobresalto, equivocándose al registrar otra consumición en caja. Tuvo que borrar y rectificar el ingreso, con aire nervioso.

—Eso no tiene gracia, Slater —comentó, seca.

—Es la pura verdad, señorita Talbot. Usted hizo una sugerencia. Yo contesté a ella.

—Pero yo no hubiera causado daño jamás a Norma, mi hermana. Tuvo que ser otra persona, usted lo sabe.

—Y una persona que conoce bien Chinatown —asintió Wade.

—Eso también me señala a mí. Yo llevo tiempo trabajando aquí. Conozco muy bien el barrio Chino de San Francisco, Slater,

—¿Ha comprado alguna vez algo al *Mandarín*? —inquirió Wade como al azar.

—¿*El Mandarín*? —repitió Sue, perpleja. Enarcó sus cejas, pareciendo más oriental que nunca su bello rostro aporcelanado, bajo la laca suave de su pelo oscuro y terso—. Ese es un anticuario importante... Creo que está en Clay Street. Sí, allí es. Se llama algo así como..., como Ho...

—Ho Wei, exactamente —corroboró Wade—. Sí, está en Clay Street. ¿Lo conoce usted personalmente?

—Mucha gente conoce a Ho Wei —asintió ella—. *El Mandarín* tiene prestigio en Chinatown como anticuario de confianza, donde ninguna pieza es falsa o una vulgar copia. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Alguna vez ha visto esto?

Y, rápidamente, Wade extrajo de un bolsillo una figura que centelleó, con un verde opalescente, bajo las luces suaves del club, sobre el negro soporte de ónix. Sue la contempló fascinada.

—Es un hermoso Buda —comentó—. No, no creo haberlo visto, al menos que fuese en algún escaparate, mezclado con otros objetos similares. Yo no soy una experta en arte, aunque haya adquirido algunas figurillas de marfil y jade para mi casa...

—Estaba en la vivienda de Norma —comentó Wade.

—¿De ella? —parpadeó Sue, mirando con renovado interés la figurilla, antes de que volviera a ocultarse en el bolsillo de Wade—. ¿Por qué la sustrajo de allí?

—Porque fue vendida a alguien en Chinatown, concretamente por *El Mandarín*. Pensé que podía conducirme a alguna parte.

—¿Y no fue así?

—No. Apareció Rockwood entonces, y ya no necesitaba buscar al amor secreto de su hermana. Pero el objeto sigue existiendo. ¿Lo compró ella o se la regaló alguien? Eso, sea como sea, conecta de alguna forma a su hermana con Chinatown,

—Sin embargo, ella no frecuentó este barrio, que yo sepa.

—Por eso me interesaría saber a quién le fue vendida esta figurilla por *El Mandarín*.

—Cierran tarde. Puede ir a preguntarle ahora, si lo desea.

—Es lo que pienso hacer, señorita Talbot —afirmó Wade Slater—. Sobre todo, teniendo en cuenta que *El Mandarín* tiene su tienda a sólo unas cien yardas del lugar donde murió Shelby Horton. Y a no más de trescientas de donde fue asesinada Norma. Curioso, ¿no?

—¿Es cierto? ¿Ha comprobado eso? —pestañearon los oblicuos y bellos ojos de la muchacha, con creciente sorpresa.

—Sí. Acabo de comprobarlo en un plano detallado de la ciudad. No hay duda sobre ello.

—Dios mío, cada vez lo entiendo menos. Esto no tiene mucho sentido, ¿verdad, Slater?

—Ninguno, en apariencia —suspiró Wade, sacudiendo la cabeza—. Pero por fuerza ha de tenerlo en alguna parte. Habrá algo que se nos escapa a todos, algo con lo que no hemos contado en momento alguno. Pero que me ahorquen si sé lo que es.

—¿Es todo lo que vino a hablar conmigo? ¿No hay ninguna otra novedad esperanzadora?

—No, ninguna —rechazó Wade, apurando su whisky—. Bueno, queda algo por saber. Pero quizá usted no tenga la menor idea de ello, señorita Talbot.

—Por favor, deje de llamarme así, Slater. Soy su cliente, y en cierto modo su amiga. Llámeme Sue. Me gusta más.

—Bien, Sue. Vea esta fotografía. ¿Conoce usted a la muchacha que acompaña a su hermana Norma?

Sue Talbot contempló la fotografía de la joven oriental abrazada a Norma. Se agolparon lágrimas en sus bellos ojos exóticos, al fijarse en su difunta hermana. Luego, dominándose, respiró hondo y examinó a la joven de rasgos orientales.

Tras una larga contemplación, negó despacio con la cabeza, devolviendo la fotografía a Wade.

—No —dijo roncamente—. Nunca la vi antes de ahora. No sé quién pueda ser.

—Parece muy amiga de Norma, ¿no?

—Sí, mucho. Ella no era muy dada a efusividades con nadie. Tal vez era alguna amistad posterior a nuestra separación. No parece una

fotografía antigua.

—Tampoco reciente —señaló Wade pensativo—. Su hermana llevaba el pelo teñido y más corto, según veo. El modelo de coche que se ve ahí, aparcado cerca del embarcadero, tampoco es de este año ni del anterior, aunque eso no signifique nada.

—Sea como sea, no sé quién es ella. Pero debe ser mestiza, como yo.

—Sí, eso es lo que pensé, Sue —admitió Wade, guardándose la fotografía—. También estaba esta foto en casa de Norma. Se la devolveré en cuanto la haya utilizado.

—Sí, se lo agradeceré. Quisiera conservar todos los recuerdos posibles de mi hermana.

Wade sonrió comprensivo, bajándose del taburete. Apoyó su mano en la de ella, y la apretó afectuosamente, antes de dirigirse a la salida del club nocturno, dirigiéndole unas palabras de despedida:

—La tendré informada, Sue. Y cuando se mueva por Chinatown, vaya con cuidado. Sabemos que hay un asesino, un sanguinario sin piedad, libre en este barrio. Y ni siquiera imaginamos quién pueda ser ni por qué actúa así. De modo que, en previsión de cualquier riesgo, no se fíe de nada ni de nadie, ni vaya sola y a pie por estas calles. Hacía muchos años que Chinatown ya no era el barrio tenebroso y siniestro que el tópico había hecho de él en el pasado. Pero hay alguien interesado, sin duda, en devolver a la actualidad esa falsa imagen del barrio chino de esta ciudad.

—Descuide, Slater. No correré riesgos inútiles, se lo aseguro.

Wade alcanzó la salida del club nocturno. Casi se tropezó, una vez en la acera, bajo el toldo protector del acceso al local, con el chino alto, flaco, hermético y vestido enteramente de seda negra, con dragones bordados en oro y rojo.

—Este humilde siervo tuyo, Wade Slater, se honra en saludarte y sentirse honrado por tu visita a mi modesto negocio —habló en su untuoso, suave inglés, el oriental de la puerta, inclinándose con su habitual ceremonia ante Wade.

—Es un alto honor para mí pisar tu casa y saludarte, honorable Kwoo Lin, hermano y amigo —respondió con idéntico sentido de la cortesía Slater, inclinándose ante el chino y apretando con ambas manos las delgadas y apergaminadas del hombre amarillo—. Pregunté por ti al llegar y me dijeron que estabas ausente de tu negocio.

—Así era. Imagino que viniste a ver a Sue Talbot, mi cajera —sonrió el rostro flaco, anguloso e inmutable del oriental, con un brillo de astucia y agudeza en sus negras y menudas pupilas, perdidas casi tras las rendijas de sus párpados.

—Cierto. ¿Cómo lo sabes, Kwoo Lin?

—Yo sé muchas cosas —manifestó enigmáticamente el chino—. Ella nada me ha dicho, porque guarda muy celosamente sus asuntos. Pero sé que es hermana de Norma Talbot. Y yo la envié a ti. Lo demás resulta fácil, mi honorable y querido amigo Slater.

—Eres un auténtico diablo de astucia, Kwo Lin —rio Wade, con una enérgica sacudida de cabeza—. Si supieras del mismo modo otras cosas...

—Kwo Lin sabe mucho, ya te lo dije antes —los ojos enigmáticos se clavaron en él con una rara frialdad—. ¿Qué quieres saber?

—Cosas que no entiendo! Campanillas de plata y cristal que suenan cuando la muerte va a golpear a alguien... Un loco o un criminal frío y despiadado, moviéndose por Chinatown con la astucia del gato, la ferocidad del tigre y la sinuosidad de la serpiente, Kwo Lin, y sangre, mucha sangre. Y víctimas que no se relacionan entre sí en apariencia... ¿Qué podrías explicarme tú de esas cosas, hermano?

El oriental sonrió. Su rostro se cubrió de finas arrugas, pero no había gesto ni expresión de ninguna clase en aquella máscara aceitunada que parecía desafiar las dotes escudriñadoras de su joven interlocutor.

—Es difícil localizar al ser que posee dotes así —comentó ambiguamente—. Pero no desesperes, amigo. Indaga, busca. Hay gente en este barrio que sabe muchas cosas, que ve lo que lo otros no ven... ¿Alguien te habló de Feng-Lo?

—¿El anciano Feng-Lo? —Wade asintió—. Él ha escuchado las campanillas de muerte... Y habla de cosas inconcretas y oscuras. La policía piensa que está medio loco.

—La gente que no es comprendida, siempre parece loca. No es así. Busca a Feng-Lo. Habla con él. Y no le creas loco. Escucha y trata de entender. Él sabe. Sólo necesita que le escuchen... Pero eso, entre los occidentales, es difícil a veces... Ahora, mi honorable amigo, ve en paz y que tengas suerte. Y cuídate. Como tú dices, la muerte anda suelta por Chinatown. Evita las campanillas con que anuncia su presencia. Evítalas..., aunque no te será fácil, si llegas a oírlas.

Se saludaron de nuevo ceremoniosamente. Kwo Lin, su viejo amigo y actual dueño de *La Campana de Cristal*, desapareció dentro de su negocio con suaves, sedosos pasos que no producían ruido.

Wade Slater se alejó de las rojas luces parpadeantes del recinto nocturno. Iba pensando en todo aquello que le dijera Kwo Lin. Y en otras cosas que flotaban en su mente, de forma confusa.

Abstraído, se adentró por las calles pintorescas de Chinatown, en la noche fresca, neblinosa, pero sin lluvia.

Tan absorto iba, que cuando notó la proximidad de la Muerte, ya era tarde. Y las campanillas de cristal y plata sonaban en sus oídos,

como dulce y siniestro mensaje fatídico...

\* \* \*

Había elegido uno de los pasajes angostos y oscuros que enlazaban entre las calles principales, como Clay, Sacramento, California o Pine, por mencionar las transversales solamente. Su idea era visitar la tienda de antigüedades de *El Mandarín*, por si a aquellas horas el prestigioso comerciante Ho Wei tenía abierto aún su establecimiento, cosa bastante habitual en todo el sector de Chinatown, por avanzada que fuese la hora de la noche, en toda clase de negocios donde pudiera haber un dólar a ganar. Los chinos eran gente laboriosa, tenaz e incansable, cuyo espíritu de sacrificio y afán por el trabajo, había labrado al barrio suyo en San Francisco una aureola de dignidad y honestidad muy alejada de los viejos tópicos que calificaban a todo oriental como símbolo del «peligro amarillo», obsesión de toda una época, plasmada por autores como Sax Rohmer en sus relatos sobre el siniestro *doctor Fu Manchú*.

Estaba cerca de Clay Street ya, cuando sonaron las campanillas.

Wade se puso rígido. Su mano fue rápida a su bolsillo interior de la americana. Se le crisparon los dedos dentro del mismo. Un repentino sudor, frío y pegajoso, empapó su rostro, sus manos.

*Estaba vacío.*

Alguien, muy recientemente, sin él advertirlo, *le había despojado de su arma*. Y eso tuvo que ser *dentro* del local de Kwoo Lin, *La Campana de Cristal*, o al salir del mismo. Recordaba muy bien haber palpado el bulto confortable de su revólver calibre «38» antes de empujar las puertas del club nocturno donde trabajaba su cliente, Sue Talbot.

—Dios... —masculló entre dientes, tratando de identificar aquel sonido melodioso y, sobre todo, intentando desesperadamente localizar su posible origen—. ¿Qué significa esto? ¿Estoy realmente *en peligro*?

Recordó las suaves, enigmáticas palabras de Kwoo Lin, que adquirirían repentinamente un siniestro significado:

«Cuídate. Como tú dices, la muerte anda suelta por Chi-natown. Evita las campanillas... Evítalas..., aunque no te será fácil, si llegas a oírlas.»

Ahora las estaba oyendo. Era una musiquilla suave, cristalina, casi adormecedora, como una sonora caricia, que parecía brotar de todas partes, estar en todos los sitios, flotar en torno suyo, como jirones de niebla de aquellos que pasaban ante sus ojos, repentinamente entornados, fríos y taladrantes, en busca de la temida presencia del feroz asesino.

Allí, en alguna parte del oscuro callejón, entre las luces y rótulos comerciales que brillaban multicolores en Clay Street, y su figura rígida y en guardia, en cualquier zona oscura e insospechada, se ocultaba la muerte cierta. Tal vez de pronto, un simple destello en la sombra, un acero afilado surgiendo ante su rostro, significase de nuevo el fin de un ser humano, un chorro de sangre, un grito de agonía. Sólo que en esta ocasión, era él la víctima elegida. El mismo, Wade Slater, detective privado.

Empezó a moverse con suma cautela, midiendo sus pasos, calculando sus posibilidades, por cierto bastante remotas ante un enemigo implacable y cruel, posiblemente un maniaco astuto y sanguinario, capaz de todo con tal de cumplir sus ansias de violencia.

La musiquilla no procedía de ninguna parte en particular. Era como si llegara de varios puntos a la vez. A Wade le hubiera gustado tener encima en estos momentos una grabadora para recoger sus sonidos, pero en realidad también hubiera deseado con muchas más fuerzas disponer de su arma y, sin embargo, estaba inerme ante el invisible adversario que anunciaba su presencia con aquellas notas dulzonas y amables que se agitaban en la bruma como una extraña, ridícula amenaza.

Pegó su espalda a la pared de ladrillos del muro inmediato, para no ser sorprendido por la espalda, y se mantuvo en tensión, buscando con la mirada en derredor suyo la presencia del criminal.

Su mano zurda, lentamente, fue hacia su llavero del bolsillo del pantalón, tomó éste con lentitud. No significaba gran cosa, pero el llavero estaba formado por un pequeño cortaplumas. Abrió la delgada hoja de acero, afilada pero no excesivamente adecuada para defenderse de nadie.

Dio unos pasos más, eludiendo el cerco de luz de una farola encendida, cuya claridad blancuzca se desparramaba en círculo al pie del negro poste metálico. Pese a ello, no pudo evitar que su sombra también apareciera en ese redondel de luz.

Y alguien aprovechó el momento.

Sonó en la sombra un jadeo sordo, y una figura sombría, envuelta sin duda en ropas negras, brotó ante él, mostrando un rostro envuelto totalmente en una especie de caperuza de seda negra que le envolvía como podía haberlo hecho la máscara de un *ninja* en tiempos de tales guerreros[2]. Solamente un destello cruel, el de unos ojos imposibles de identificar, tras dos ranuras de la negra máscara sedosa, fueron visibles en aquella forma humana que caía ante él, armada de un terrible cuchillo oriental, de hoja ancha y ligeramente curvada. Era un arma intermedia entre el cuchillo y la espada, una especie de machete muy propio de un guerrero oriental. La hoja de acero centelleó, herida por la luz de la farola, buscando su cuello. Wade saltó atrás con

agilidad, evitando el mortífero tajo. Lo cierto es que lo evitó, aunque por un momento temió que no fuese así.

Se preguntó si, de haberse quedado quieto, el acero hubiera solamente rozado su piel o le hubiera abierto la garganta de oreja a oreja. El golpe de su enemigo misterioso le pareció ligeramente corto, tal vez porque la luz de la farola daba de lleno en sus ojos y podía contribuir a desorientarle.

El fantástico personaje lanzó una sorda imprecación bajo la máscara de seda, y trató de atacarle de nuevo. Wade empuñó su ridícula arma, el cortaplumas del llavero, esperando acontecimientos agazapado, con todos sus músculos y nervios en tensión, a punto de dispararse como balistas.

Como esperaba, el agresor no se conformó con el primer ataque. Rápido, avanzó con movimientos flexibles y veloces de todo su cuerpo, cuya verdadera textura se perdía entre los pliegues de las amplias ropas negras, para intentar clavarle el sable oriental en el vientre o en el tórax.

Wade se echó atrás ágilmente, eludiendo el nuevo impacto del acero, que golpeó con metálico estruendo el poste de la farola, y sin vacilar lo más mínimo, la mano del detective privado fue con celeridad hacia el brazo derecho de su agresor... e hincó en él, a través de la negra tela, violentamente, el cortaplumas que esgrimía.

El arma insignificante alcanzó su limitado objetivo. Un grito sordo, áspero, acogió la profunda herida, cuando el metal se hincó en la carne bajo aquellos ropajes sombríos.

La mano enguantada dejó caer el sable curvo, sin duda perdida la fuerza por la acción del cortaplumas sobre algún nervio o tendón. Los ojos le miraron, entre malignos y exasperados y, sin un instante de duda, el misterioso asesino dio media vuelta, escapando veloz y hundiéndose en la profunda oscuridad del pasaje, más allá de la verja que señalaba un patio interior con varios recipientes de basuras.

Wade respiró hondo, con alivio, se inclinó, tomando el arma con su propia mano, ya que sabía que los dedos enguantados de negro de su dueño no habrían dejado la menor huella comprometedora sobre la misma, y corrió en pos de su atacante, en un brusco cambio de papeles.

Aunque pareciera sorprendente, ya no halló el menor rastro del fugitivo. Era como si nunca hubiera estado allí. Ni un ruido, ni una forma humana. Nada. La musiquilla se había desvanecido por el aire, igual que el propio criminal.

Se encontró con puertas cerradas, muros herméticos, verjas y desperdicios. Nada más que eso y niebla. Del asesino absolutamente nada. Acaso una llave o una escala sobre cualquiera de aquellas tapias había bastado para su evasión. Fuese como fuese, tenía bien montada

su fuga en un momento dado, fracasara o triunfara en su tarea.

Wade, jadeante, empuñando el arma oriental, se detuvo cerca de Clay Street, con una sorda imprecación contrariada. Miró a uno y otro lado de la iluminada calle, en busca de algún posible rastro como un automóvil en marcha o una sombra furtiva alejándose. No descubrió nada de ello.

Renunció definitivamente a dar con él. Pero al ver en la distancia los azules uniformes de dos agentes de servicio, fue hacia ellos en derechura, les tendió el sable, ante la mirada de asombro de ambos, e informó escueto:

—Hablen con los tenientes Kelly y Wang, de Homicidios. Soy Wade Slater, detective privado. Acabo de ser atacado por el asesino de Chinatown. Dígaselo así a ellos. Me encontrarán en la tienda de Ho Wei *el Mandarín*, si quieren más detalles.

Depositó el arma en manos de los atónitos agentes y se alejó con toda tranquilidad, hasta detenerse frente a unos escaparates repletos de maravillosas piezas de arte en laca, marfil, jade, ónix, lapislázuli y toda clase de piedras y metales preciosos. Era la tienda de propiedad de Ho Wei.

Entró, empujando la puerta vidriera. Avanzó con paso firme mientras un tintineo musical retumbaba en todo el abigarrado recinto del negocio. Un sonido melodioso y siniestro al mismo tiempo. Los ojos de Wade se clavaron, pensativos, en las varillas de plata y cristal que se agitaban, despidiendo lucecillas de reflejos, al ser movida la puerta. Eran aquellas piezas las que producían aquellas notas cristalinas y amables.

—Buenas noches, señor —saludó una voz, desde el fondo de la tienda—. ¿En qué puede servir este humilde servidor suyo a tan honorable cliente?

Un chino alto, esbelto, de mediana edad, con rostro risueño y tradicional coleta bajo su gorrito redondo de seda roja y negra, apareció tras el mostrador de vidrio repleto de figurillas de bronce, jade, mármol y marfil, procedente de la trastienda.

—No soy cliente, Ho Wei —respondió Wade calmamente—. Mi nombre es Wade Slater, soy detective privado y busco dos cosas.

—¿Cuáles, señor? —sonrió beatífico el chino, aunque con cierto aire de cautela en su rostro—. Si puedo servirle...

—Busco a la persona que compró esto —puso sobre el mostrador el Buda de jade—. Es una figura bastante grande y de buen precio. Sin duda debes recordar bien quién la adquirió, Ho Wei.

—Es posible que pueda recordarlo —admitió el chino, con ambigüedad—. Pero creo entender que mi honorable visita espera de mi dos cosas, no una sola.

—Sí, Ho Wei. La otra es saber si conoces al asesino, de las campanillas y el arma oriental que mata a sus víctimas cerca de tu tienda.

—Lamento mucho no poderte ayudar en eso. Mucha gente habla de él estos días en Chinatown, pero nadie sabe quién es, exactamente. Ni por qué lo hace. Tampoco sabemos nadie de dónde viene ese sonido de campanillas.

—Tu tienda tiene unas que suenan de un modo parecido...

—Más de mil tiendas en Chinatown las tienen —sonrió el chino—. Eso no significa nada. En cuanto a ese Buda, sé cuándo se vendió. Yo mismo hice la venta.

—¿Cuándo?

—No hace mucho tiempo. Cosa de un par de meses. Fue un hombre joven quien la adquirió. Pero dijo que la venta debía ir a nombre de una mujer.

—Entiendo. ¿Qué nombre de mujer era ése? ¿Norma Talbot?

—No —negó despacio el chino con expresión inmutable. Alzó sus manos y Wade observó sus dedos marfileños y sus afiladas uñas—. Era Fanny Rockwood.

—Fanny Rockwood... —repitió lentamente Wade—. ¿Está seguro, Ho Wei? ¿No sería Fabián Rockwood?

—No, no. Era nombre de mujer, mi honorable amigo —rechazó con aire ofendido el comerciante oriental—. Mis oídos y mi memoria son excelentes.

—Supongo que el comprador era un muchacho joven, rubio, de cabello abundante y rebelde, de ropas tejanas de cuero y aire de cantante *pop*...

—Sí —afirmó lentamente el chino—. El mismo.

Wade no comentó nada. Estaba pensando. Pero como al azar, aferró repentinamente el brazo de Ho Wei con mano firme, apretando con fuerza sobre el mismo, al tiempo que, al alzarlo cogido de esa forma, permitía a la ancha manga del atavío chino dejar al descubierto gran parte del brazo. No apareció huella alguna de herida reciente en toda la superficie visible ahora.

Los almendrados ojos de *El Mandarín* le contemplaron con escasa simpatía ahora. Wade se disculpó con una sonrisa.

—Lo siento —dijo—. Acabo de herir al asesino en el pasaje. Quería saber si podía descartarle como sospechoso, Ho Wei.

—¿Y cuál es la respuesta? —indagó fríamente el chino.

—Obviamente, nadie ha tocado tu brazo. Por tanto, creo que eres inocente... a menos que envíes a otra persona a cumplir esos crímenes que parecen rituales. Perdona las molestias, *Mandarín*. Me ha sido útil lo poco que dijiste. ¿Qué vale esa figurilla?

Había tomado del mostrador un pequeño elefante de ébano y marfil, que el chino estudió críticamente antes de valorar con tono seco:

—Para un amigo, ciento cincuenta dólares solamente. Pero su valor es muy superior.

—Te doy cien ahora mismo —ofreció Wade.

—Trato hecho —suspiró *El Mandarín* con un asomo de sonrisa, recogiendo el dinero imperturbable—. Haces una buena compra.

—Si llego a regatear más, me lo dejas en cincuenta, Ho Wei.

—O tal vez menos —rio el comerciante—. ¿Por qué no regateaste?

—No me gusta regatear. Además, te debía un favor.

—Eres muy amable. Vuelve por aquí siempre que quieras. Si te interesa, te diré que ese Buda que trajiste vale mucho más. Me pagaron por él doscientos dólares.

—Lo suponía —Wade guardó la figurilla verde y negra en su bolsillo con rapidez—. Se tiene que sentir un gran aprecio por alguien a quien se regala algo así cuando no se dispone de mucho dinero, ¿verdad, Ho Wei?

—Esa impresión me causó ese muchacho. Pero él tampoco regateó. Dijo que era lo mejor que alguien podía recibir, cuando ya nada se le puede dar. ¿Lo entiendes bien tú?

—No mucho —Wade arrugó el ceño, haciendo tintinear con un dedo las láminas de plata y cristal de las campanillas de la puerta—. ¿Tú qué pensarías de ello?

—Que hablaba de una muerta —sentenció *El Mandarín*, apaciblemente.

—Sí —murmuró Wade, abriendo la puerta—. Había pensado lo mismo, Ho Wei. Gracias una vez más. Volveré por aquí a comprar algo cualquier día.

—Siempre serás bien recibido. Ho Wei nunca olvida la cara de un buen cliente.

Wade sonrió, saliendo de la tiendecilla del anticuario. Pisó la acera, húmeda por la niebla nocturna. Un coche se detuvo junto al bordillo, haciendo girar las luces rojas de la capota. Asomaron unos rostros por la ventanilla.

—Hola, Wade —saludó Charlie Wang, con expresión preocupada—. ¿Subes? Acabamos de llegar Kelly y yo.

El teniente Jason Kelly asomaba, huraño, en el asiento posterior. Un agente uniformado conducía el coche oficial de la policía. Wade subió, sentándose junto al oficial de policía de raza blanca. Kelly le obsequió con una mirada glacial y nada amistosa.

—¿Es verdad lo del ataque sufrido, Slater? —preguntó con

aspereza.

—Y tan verdad —asintió Wade—. Logré herirle en el brazo derecho. Eso puede servir de algo, ¿no?

—Seguro —afirmó Wang desde el asiento delantero—. Todos los sospechosos serán examinados. Puede ser un indicio revelador que le acuse. ¿Cómo sucedió todo, Wade?

El detective se lo explicó brevemente. Los dos oficiales de Homicidios escucharon con atención el relato. Al final del mismo, Kelly habló torciendo la boca, sin reflejar emoción alguna en su tosco semblante.

—Eso le enseñará a no meterse demasiado en líos, Slater. ¿Sabe que hemos encontrado finalmente a Dusty Reeves y a Chang Tao?

—¿De veras? ¿Dónde?

—En la bahía —explicó Wang, sin volverse—. Fueron arrojados al fondo con lastres de hierros y bloques de cemento. Antes les habían acuchillado brutalmente, hasta matarles. Los cadáveres estaban ya casi irreconocibles, a causa de la prolongada permanencia en las profundidades.

—Cielos... —masculló Wade—. De modo que era cierto. Ya son cuatro las víctimas. Yo puedo ser la quinta. Y el asesino no sigue un método concreto: dos rufianes, una mujer de negocios, un detective privado... ¿Adónde nos lleva todo esto?

—De momento a ti, Wade —comentó Wang irónico—. Si intentó matarte esta noche, es porque tal vez te estás acercando demasiado a él, aun sin darte cuenta.

## CAPÍTULO VII

Eran dos bolsas de plástico malolientes, las que el funcionario de la Morgue extrajo de los frigoríficos. Gracias a las mascarillas que cubrían sus rostros, con filtros esterilizados, soportaron unos instantes el hedor nauseabundo que surgía de aquellas siniestras bolsas, en cuyo interior yacían, descompuestos por la prolongada inmersión, en proceso de corrupción y las propias bolsas en que fueron lanzados con lastres de hierro y cemento, los cuerpos de los dos bribones del hampa de San Francisco. Dusty Reeves, un proxeneta guapo y despiadado, y Chang Tao, un chino dedicado al tráfico de estupefacientes.

Rápidamente, volvieron a su interior, pero el fétido olor permaneció flotando en la aséptica cámara del depósito. Salieron de allí en silencio, caminando por el largo corredor alumbrado por azulados tubos fluorescentes.

—Era un espectáculo atroz —murmuró Wang, estremeciéndose, cuando estuvieron bastante lejos del lugar en que los restos esperaban el proceso de autopsia e inhumación. —Repugnante —jadeó el teniente Kelly con voz ronca. —De modo que también los asesinó la misma mano —fue el comentario de Wade—. Los cortes profundos aún se advierten en sus restos. Uno de ellos tenía la cintura casi partida en dos de un mandoble. Ese hombre, quienquiera que sea, no sólo es fuerte, sino que sabe manejar con una habilidad diabólica el sable oriental.

—Artes marciales, sin duda —suspiró Wade—.

—He visto gente muy buena en los *dojos* de Chinatown, Wade.

—¿Acusas de eso a un chino o a un japonés concretamente, Charlie? —indagó Kelly.

—No necesariamente —rechazó el joven policía chino con un movimiento negativo de cabeza—. Hay occidentales que dominan el *kendo* o cualquier otra arte marcial tan perfectamente como podría hacerlo el mejor de nuestra raza.

—¿Y una mujer? —sugirió de repente Wade, haciendo que ambos policías se volvieran hacia él, mirándola sorprendidos.

—Puede ser igualmente buena que un hombre —admitió Wang—. ¿Por qué no? Lo que le falta en fuerza física, lo suplirá con habilidad y precisión. No es necesario ser demasiado fuerte para utilizar de forma

contundente ciertas armas, Wade.

—¿Por qué preguntas eso, Slater? —se interesó Kelly—. ¿Tiene alguna sospecha en especial que le haga pensar en una mujer?

—No, no, en absoluto —rechazó tranquilamente Slater—. Era sólo una pregunta.

Siguieron caminando hacia la calle. Era obvio que la explicación del detective no había satisfecho del todo a los dos hombres, pero ni Charlie Wang ni Jason Kelly hicieron ninguna otra pregunta al investigador privado.

Ya cerca de la salida, Wade volvió a inquirir algo inesperado:

—Me gustaría hablar un rato con el detenido, con Fabián Rockwood. ¿puedo verle un momento en su celda?

—¿Celda? —Wang cambió una mirada de apuro con su colega, antes de rechazar con cierta contrariedad—. Lo siento, Wade, no puedes verle. Ya no está encerrado.

—¿Cómo? —se sorprendió Slater—. Creí que ibas a acusarle de allanamiento de morada y un sinfín de cosas más, entre ellas usar armas sin licencia...

—Está acusado de todo esto, es cierto —admitió Wang con un suspiro—. Pero...

—Pero el juez decretó su libertad condicional bajo fianza —añadió Kelly de mala gana—. Y el muchacho salió.

—¿Fianza? ¿Qué clase de fianza? —se extrañó Wade, arrugando el ceño,

—Cinco mil dólares. No tardaron en depositarlos y marchó.

—¡Cinco mil dólares! —repitió Slater escandalizado—. ¡Rockwood no tenía ni la décima parte de esa cantidad, podría jurarlo!

—Pues alguien la tendría, sin duda, porque depositaron la fianza sin pérdida de tiempo —comentó Wang, pensativo.

—No me gusta esto —manifestó Wade con voz sombría—. No me gusta nada... ¿Quién pagó la fianza?

—No puedo saberlo, Slater —rezongó Kelly, irritado—. Yo no era la niñera de Rockwood. Sólo soy un policía, y sí el juez permite salir bajo fianza a un detenido, no soy nadie para impedirlo ni para preocuparme de quien pague la fianza. Sin duda algún abogadillo la hizo. Es su trabajo, ¿no?

—Sí, pero me gustaría saber qué abogado fue... y de quién recibió ese dinero.

—Amigo mío, eso es como soñar con la luna —rio agriamente Wang—. Ningún abogado respondería a eso, y estaría en su perfecto derecho, Wade. No podemos obligarles a que den el nombre de sus clientes. Pagó y eso basta. ¿Por qué te preocupas tanto?

—Porque veo algo raro en todo esto. Rockwood estaba más

seguro encerrado. Hay que dar con él lo antes posible. Me inquieta su suerte, si es que no fue él la persona que me atacó con un sable chino en la noche de ayer. ¿Estaba entonces encerrado?

Kelly consultó su agenda. Negó con la cabeza.

—La fianza se pagó a las ocho de la noche. A las ocho y media estaba el muchacho en la calle,

—¿Por qué iba a ser él la persona que buscamos, Wade? —dijo Charlie Wang—. Admito que puede haber deseado matar a su amante, Norma Talbot, por dinero o por cuestiones pasionales, pero ¿y las demás víctimas?

—De cualquier modo, será mejor dar con él cuanto antes. ¿Podéis darme su dirección?

—Claro —asintió Wang—. Debe estar consignado este dato en el Departamento. Vamos hacia allá.

Se encaminaron hacia el Departamento de policía. El asunto no correspondía a Kelly ni a Wang, por no estar acusado de homicidio Fabián Rockwood, pero por su relación con una de las víctimas, el oficial encargado del asunto y el teniente Kelly habían llevado conjuntamente el asunto. Le dieron a Wade las señas de Rockwood, en una zona abigarrada de Brisbane, al sur de la ciudad, y hacia allí se encaminó Slater sin pérdida de tiempo.

El domicilio del joven amante de Norma Talbot resultó ser una zona de apartamentos baratos. Una mujer atendió de mala gana a Wade. Sus quejas pronto estuvieron justificadas.

—¿Ese golfo que sólo sabe cantar malas canciones y poner el tocadiscos a toda potencia? —gruñó la encargada del edificio de tres plantas—. Lleva dos semanas sin pagar y me gustaría verlo tanto o más que usted, amigo. Si no vuelve mañana y me paga, todo lo suyo va a ir a la calle, maldito sea el niño inútil.

—Sus cosas... —Wade meditó con rapidez. Extrajo un billete de veinte dólares y lo puso en la mano de la mujer, que pestañeó sorprendida—. Creo que me bastará echar una ojeada a todas esas cosas que usted dice, señora. Sólo una ojeada, se lo aseguro. No pienso quedarme con nada. Puede estar usted presente mientras lo examino. Y puede que le ayude a dar con su paradero.

—Hum... No sé si debo hacerlo. Pero después de todo, él me debe dinero. De modo que al diablo con los escrúpulos. Venga por aquí, señor. Le enseñaré sus cosas. Pero seguro que no se quedaría con ninguna. No hay nada que valga un centavo, por desgracia para mí.

Wade fue conducido al piso segundo, y la mujer abrió la puerta número 23. Wade entró. Un fuerte olor a cerrado, abandono y falta de higiene les acogió en el piso. Había ropa tirada por doquier, toda ella mugrienta y vieja, unos calcetines y un slip puestos a secar en una

cuerda, sobre un fogón de gas donde se habían calentado café en un pote descascarillado, que aún contenía dos dedos de la infusión. Revistas de música pop, discos y un viejo tocadiscos de segunda mano, parecían completar todos los raquíticos bienes de Fabián Rockwood.

—Extraño modo de vivir para el amante de una mujer rica —gruñó Wade entre dientes.

—¿Decía usted...? —preguntó con viveza la mujer.

—No, no, nada —rechazó Wade, comenzando a remover en todo aquello con cierta repugnancia.

La mujer examinaba críticamente su actitud. Wade encontró unos papeles en un cajón, comenzando a examinarlos curiosamente. Había letras de canciones, partituras, viejas cartas de amigos, fotografías arrugadas —en ninguna de ellas aparecía Norma Talbot—, y unos documentos gastados. Se quedó repentinamente rígido contemplando todo lo que estaba al final del montón.

Allí había dos fotografías de una mujer. Una mujer joven, de rasgos orientales suaves y bellos. Le contrastó con la muchacha oriental de las fotografías de Norma Talbot. Era la misma.

Finalmente, desplegó los documentos. Un título de propiedad a nombre de Fanny W. Rockwood de un local en un lugar llamado Pagoda Lane, número 28. Se refería a algún almacén o sótano. El último documento era un certificado de defunción expedido en la ciudad de San Francisco.

A nombre también de Fanny W. Rockwood. Estaba extendido un año atrás.

\* \* \*

Había logrado escamotear el certificado de defunción de Fanny W. Rockwood hábilmente, ante las propias narices de la patrona de Fabián. Era un acto indigno, pero su vida profesional estaba llena de esos actos indignos como aquél. Eran cosas que tenían que hacerse, le gustara o no.

Ahora, al menos, creía saber algo más. La compañera de fotografías de Norma Talbot había sido Fanny Rockwood. Y ahora estaba muerta. ¿Qué fue de ella? ¿Hermana de Fabián? ¿Pariente cercano... o esposa? Esa era ahora la duda. Pidió por teléfono a un amigo suyo gestor el certificado de nacimiento de una tal Fanny W. Rockwood, muerta un año atrás en San Francisco. Su amigo se la prometió en pocas horas. Aquel día no encontró a Kelly y a Wang por parte alguna. Evidentemente, la investigación de los hechos les tenía demasiado ocupados para pasar por el Departamento. Resolvió volver esa noche a Chinatown, aceptando todos los riesgos. Cada vez estaba ya más seguro de que en el mismo corazón del barrio Chino estaba la

clave de todo.

Adquirió un detallado plano de la ciudad en un puesto de periódicos, se sentó a comer algo, y entendió el plano en toda su extensión, centrando su atención en el rectángulo que formaba el barrio Chino de la ciudad.

Su dedo comenzó a recorrer las calles transversales, hasta detenerse cerca de Clay y Sacramento. Entre ambas calles, un pequeño trazo mostraba un nombre en perpendicular:

### *Pagoda Lane*

Lo había encontrado. Allí estaba el local propiedad de Fanny W. Rockwood. Valía la pena seguir la pista. Entre otras razones, porque era la única que poseía.

Se encaminó pronto a Chinatown. Era media tarde, el cielo estaba nublado, pero el día era bueno y sin niebla. De día, la ciudad oriental injertada en San Francisco tenía otro aire diferente, abigarrado y colorista. Parecía increíble que en sus pintorescas calles, la sombra de un asesino fantasmal pudiese aterrorizar a las gentes durante las noches elegidas para matar.

Llegó a Pagoda Lane. Como imaginaba, era un angosto pasaje entre las dos importantes calles, no lejos de Stockton, su paralela. Identificó el lugar. Era el callejón inmediato a aquel otro donde fuera atacado la noche antes por el asesino de los negros ropajes.

Comenzó a caminar lentamente, hasta detenerse ante el número 28, Como decía el título de propiedad, era un pequeño almacén abandonado en apariencia, junto a una angosta puerta de un gimnasio situado en una planta alta, donde se anunciaban clases económicas de defensa personal, judo y *tae-kwon-do*. Probó la puerta metálica. Estaba herméticamente cerrada, y su plancha era recia y aparecía cubierta de óxido. Pero ello significaba poco obstáculo para un detective privado, a menos que estuviese asegurada por dentro. Wade eligió de un llavero unas ganzúas especiales, hasta lograr que una de ellas girase en la cerradura con un sordo chasquido. Miró en todas direcciones, precavido.

Ni una sola persona cruzaba por el callejón en ese momento, y éste apenas sí tenía ventanas en sus sucias fachadas. Empujó la puerta, que no rechinó lo más mínimo. Era sorprendente que, para tan oxidada pieza de metal, los goznes hubiesen sido tan cuidadosamente engrasados.

Wade empuñó su revólver y su linterna, comenzando a avanzar lentamente en la oscuridad húmeda y profunda de su interior. No había vuelto a saber nada de su desaparecida arma, pero tenía otra en su casa, que era la que ahora suplía a la que perdiera la noche

anterior.

El rayo de luz de su lámpara le reveló el angosto y alargado almacén, situado abajo, al fondo de una estrecha escalera metálica adosada a un muro de ladrillos. Wade, resueltamente, cerró tras de sí y descendió, dispuesto a todo.

Advirtió que al otro extremo había una ventana a ras del suelo de la calle y otra pequeña puerta. Empezó a pensar, comprendiendo muchas cosas. Llegó a mitad del sótano, y su luz barrió todos los rincones.

Se detuvo en un ángulo, sobre un mueble encima del cual se hallaba un aparato electrónico del que partían cables hacia la calle. Se aproximó cauteloso. Era un moderno y poderoso magnetófono de gran fidelidad. Siguió con la luz los cables que corrían hasta el ventanuco a ras de la acera. Allí descubrió un altavoz disimulado tras los cristales polvorientos.

Se apresuró a desconectar el altavoz y puso en funcionamiento el aparato.

El tintineo musical de campanillas de cristal y plata llenó el almacén con súbita intensidad, como un siniestro presagio de muerte a pleno día.

Wade desconectó de nuevo con rapidez, emitiendo un silbido. El misterio de las campanillas ya estaba descubierto. Bastaba una grabación y una serie de altavoces dispuestos cuidadosamente en ciertos puntos del callejón, para que en la noche se extendiera ese sonido a alguna distancia, lo bastante audible para quienes estuviesen a la distancia adecuada de su lugar de origen.

Ahora sabía que éste era el escondrijo misterioso del asesino enlutado. Y que aquí no sólo se ocultaba al huir de cualquier perseguidor, sino que disponía de la escenificación aparentemente absurda para sus crímenes.

Se apartó, y su lámpara barrió el último rincón del almacén. Repentinamente halagado, Wade se quedó rígido, y clavó la luz en el punto donde descubriera un bulto inmóvil, pegado al muro rezumante de humedad.

Avanzó lentamente, paso a paso. Su dedo índice estaba tenso en el gatillo del revólver.

Pero no hacía ninguna falta. Aquél era un ser humano, ciertamente. Yacía agazapado, hecho un ovillo. Pero estaba muerto.

Le volvió el rostro, que quedó bañado por la claridad blanca y fría de su linterna. Wade Slater emitió un gruñido sordo.

Un tajo profundo había segado la garganta del infortunado, de oreja a oreja, dejándole sin vida. La sangre formaba un oscuro, congelado charco en el suelo. Wade se incorporó, vacilante,

—Lo temía —musitó—. Lo temía. Pobre diablo...  
El muerto, naturalmente, era Fabián Rockwood.

## CAPÍTULO VIII

Era una pequeña tumba en el cementerio apacible y tranquilo, a espaldas de una pequeña iglesia.

Wade Slater contempló largamente la tumba y el nombre grabado en la piedra.

*«Aquí yace Fanny W. Rockwood. Su esposo no la olvida.»*

Le había costado dar con ella, pese a que el certificado de matrimonio que su amigo el gestor le proporcionara, a nombre de Fabián y Fanny Rockwood, le había despejado la última duda sobre la identidad real de la muchacha difunta.

Fanny había sido la esposa de Fabián. Ahora ambos estaban muertos. Pero ella había desaparecido antes, dejando solo a Fabián. Solo con Norma Talbot, que antes había sido amiga suya. Las cosas se aclaraban en parte, aunque seguían estando confusas en algunos puntos, al menos para Wade.

A su lado, el teniente Kelly y el teniente Wang miraban también esa losa, con expresión perpleja y algo desorientada. Ninguno de los dos sabía nada aún sobre el hallazgo del cadáver de Rockwood. Les había ocultado la noticia. Si la policía y una ambulancia llegaba a Pagoda Lañe número 28 a recoger el cuerpo sin vida, y los agentes montaban allí guardia, Wade estaba seguro de que nunca sería capturado el siniestro criminal.

Su única posibilidad era hacerle salir nuevamente de su cubículo en la noche, y perseguirle. Pero esta vez hasta el mismo escondrijo del monstruo, para sorpresa de éste. De ahí el secreto no revelado. Por mucha que fuese la precaución adoptada por Kelly y Charlie, cometerían algún fallo que ahuyentase definitivamente al asesino de la zona de sus fechorías.

—Tiene que explicarnos muchas cosas, Slater —farfulló Kelly, camino ya los tres hombres de la salida del cementerio.

—¿Qué cosas? —sonrió Wade, irónico.

—Esto, por ejemplo. ¿Cómo supo que Rockwood estaba casado con Fanny W. Rockwood y que encontraríamos su tumba?

—Un investigador privado, teniente, dispone de ciertos trucos que

no están permitidos a la policía. Sabía que había otra mujer en la vida de Fabián, pero ignoraba si era una hermana o una esposa.

—¿Por qué lo sabía?

—Por esto —mostró la cabecera de la tumba de Fanny, girando la cabeza—. ¿Qué ve ahí?

—Dos pequeños Budas en una hornacina —comentó Wang—. Resulta natural, si ella era oriental de origen. Un modo de entregar su alma a Dios.

—Exacto. Dos pequeños Budas. Pero Rockwood compró un tercero, mayor, para poner en medio. Sin embargo, cedió a una tentación cuando una mujer, Norma Talbot, se lo pidió. Y se lo entregó a ésta. Recuerden que él es muy joven y Norma era una mujer mayor que él. Debía sentir por ella una atracción muy fuerte, muy especial.

—Pero ¿dónde está ese Buda? —indagó Kelly, abrupto.

—El *Mandarín* Ho Wei se lo vendió a Rockwood, pero con factura a nombre de Fanny. Vivía obsesionado con el recuerdo de ella, sin duda.

—Me gustaría que ese Buda estuviera ahí también —comentó Wang, pensativo—. Creo que lo que se adquiere para los muertos, para ellos debe de ser.

—Tienes razón —admitió Wade Slater con toda calma. Y volviéndose, puso el Buda de la peana negra entre los dos más pequeños—. Descansa en paz, pequeña Fanny...

—¡Eh, un momento! —estalló airadamente Kelly—. ¿De dónde sacó usted ese Buda?

—De casa de Norma Talbot —suspiró Wade—. Lo siento, teniente. Pero usted no le hubiera hecho el menor caso. Yo intuí que significaba algo, por una razón muy simple. Este Buda no encajaba en casa de Norma. Era como algo postizo.

—Debería quitarle la licencia por ocultar pruebas en un caso de asesinato —se enfureció Kelly.

—No es una prueba, teniente —sonrió Wade—. Solamente un objeto de tumba. Fabián estaba loco por Norma Talbot, pero en realidad creo que siempre amó más a su difunta mujercita, aunque quizá un sentimiento de culpabilidad le hacía sentirse acoplejado y pensar en ella obsesivamente, una vez perdida.

—¿Cree que él ha tenido algo que ver con su muerte? —dudó Kelly.

—Más bien creo que fue culpable indirecto. Ella era una amiga de Norma Talbot, por la razón qué fuese. Norma conoció a su joven esposo y se lo quitó sin escrúpulos. Tal vez Fanny se mató o se murió por el disgusto, alguna vez lo sabremos todo. Y Fabián se siente

responsable por ello.

—Es una extraña historia. Pero ¿dónde entra el detective Horton o tú mismo? —indagó Wang—. No parece haber relación entre todo esto. Ni tampoco con Dusty Reeves y Chang Tao.

—He pedido informes sobre el detective Horton —comentó Wade encogiéndose de hombros—. Según como sean, es posible que las piezas vayan encajando.

—Será para usted —gruñó Kelly, malhumorado—. Yo no entiendo nada.

—Yo empiezo a entender algo. Voy a llamar a alguien un momento. Creo que he sido engañado desde un principio por alguien.

—¿Por quién, Wade? —se interesó Charlie, mirándole sorprendido.

—Por mi propio cliente, Charlie —declaró Slater ceñudo.

\* \* \*

Se alejaron del cementerio, para detenerse ante una cabina telefónica. Wade entró en la misma y llamó al número particular de Sue Talbot. Pronto llegó por el hilo la voz de la joven.

—¿Quién llama? —preguntó.

—Soy yo, Wade, su investigador —dijo Slater—. ¿Me reconoce?

—Claro, Slater. ¿Qué quiere de mí ahora? ¿Alguna novedad?

—Hay muchas novedades, Sue. Demasiadas, diría yo. Estoy llegando al fondo de la cuestión, y no me gusta nada.

—¿Qué quiere decir? —pareció latir cierto temor en la voz de Sue.

—Escuche, su hermanita no era tan santa como usted me la pintó. Dejó sin marido a una muchacha, se lió con un joven imberbe al que mantenía y quería lanzar a la fama, y su comportamiento causó la muerte de otra chica, que era la mujer de su joven amante. ¿Va entendiendo el asunto?

—Dios mío, tiene que estar equivocado...

—Usted sabe que no lo estoy —cortó él acremente—. Personalmente, estoy convencido de que usted sabía que Norma no era ninguna alma pura, pero quería descubrir la verdad sobre su pasado, tal vez para sentirse un poco mejor si llegaba a saber que sus aprensiones y temores no eran ciertos. Me ha engañado miserablemente todo el tiempo.

—¡Yo no le he engañado! —se notaba el llanto casi ahogando sus palabras—. ¡Juro que no sabía nada, que sólo eran simples suposiciones, Wade!

—Voy a creerla. Al menos, en parte. Pero usted sabía que su

hermana no era un ángel, confíéselo.

—Sí... Lo sabía... —había temor, angustia y dolor en su voz.

—No se lamente demasiado. Ya no quedan ángeles en el mundo, Sue. Era sencillamente un ser humano, ni mejor ni peor que los demás. ¿Sabe si la chica se mató o enfermó al ser abandonada por Fabián Rockwood, el amor secreto de su hermana?

—¿Por qué cree que yo sé algo de eso?

—Porque me da en la nariz que sí. Y mi olfato rara vez falla. ¿Va a ser sincera de una vez por todas o no? Si sigue jugando a decir mentiras, le devolveré su dinero y habrá terminado con el caso. ¿Qué decide?

—Está bien... —gimió—. Sí, lo sabía. La chica, Fanny Rockwood... se envenenó. Pero Norma y Rockwood lograron convencer a un medicucho para que firmase la defunción como un simple ataque cardíaco.

—¿Quién le contó todo eso?

—Norma.

—¿Norma? ¿Ella... le contó esas cosas? Creí que no se veían desde hace tiempo...

—Y era la verdad. Recibí una larga carta suya, la única en mucho tiempo. Estaba en *La Campana de Cristal*. Kwoon Lin me la entregó. Iba lacrada y certificada, a mi nombre. Mi hermana parecía asustada por algo. Quería decirme todo, por si le sucedía algo. Y me anunciaba una visita discreta al club, una de aquellas noches...

—Empiezo a entender. De modo que cuando iba a verla a usted... la mataron.

—Sí, eso me temo. Oh, Wade, tiene que comprenderme... Quería saberlo todo, conocer la verdad, pensando que tal vez ella se sentía excesivamente culpable sin motivo...

—Pues ahora ya sabe la verdad, Sue. Una última pregunta: ¿guarda usted esa carta aún?

—Sí, claro, la tengo aquí, en mi casa...

—Necesito tenerla cuanto antes en mi poder. Llévela esta noche al club, iré a recogerla. En sus manos es demasiado peligrosa. Sobre todo, si el asesino se enterase.

—¿Por qué dice eso?

—No sé, Intuyo que esta carta puede revelar otros detalles. O el criminal pensarlo así... Por favor, Sue, tiene que llevar esa carta discretamente esta noche. Iré a por ella y tomaré todas las precauciones posibles para que ni usted ni yo corramos riesgos.

—Sí... La llevaré. Ahora tengo que ir a la peluquería y hacer algunas compras. La voy a recoger y la guardaré en mi bolso. No falte.

—Descuide. No la dejaría con esa carta, en Chinatown, ni unos

minutos. No fallaré.

Colgó. Pensativo, hizo otra llamada, tras hacer un gesto a los tenientes Kelly y Wang para que le esperasen. Charlie sonrió y Kelly arrugó el ceño, impaciente.

Llamó al gestor amigo. Este le informó escuetamente:

—Mi agencia ha descubierto datos suficientes de Shelby Horton, Wade —le dijo—. Tenías un mal colega, créeme. El tipo era un buen detective y había sido un buen policía, pero las jovencitas eran su debilidad. Estuvo metido en un feo asunto, donde todas las sospechas de violación y muerte de una chiquilla de quince años le acusaban a él. Pero no tenían pruebas y salió bien librado de eso. Se dice que coaccionaba a muchachas menores para abusar de ellas brutalmente. Aparte de eso, era un buen investigador, un eficiente profesional.

—Pero un cerdo como persona —jadeó Wade—. Gracias, amigo. Me ha sido de mucho valor tu informe, créeme. Nos veremos un día de éstos.

Colgó, regresando al coche oficial aparcado. Se acomodó junto a Kelly, que gruñó malhumorado por la espera. Con un suspiro, Wade informó:

—Esta noche es preciso montar un cerco completo en Chinatown, amigos míos.

—¿Un cerco? —se extrañó Wang—. ¿Por qué?

—Mi cliente ha confesado que estuvo engañándome durante todo el tiempo. Tiene una carta de Norma Talbot realmente reveladora. Va a llevarla a Chinatown. No quiero que corra riesgo alguno. ¿Se puede montar una operación segura en torno a ella y al club?

—Desde luego —asintió Charlie con rapidez—. ¿Dónde está ahora ella?

—Se fue para una serie de gestiones. Llevará la carta consigo esta noche al club. No debe correr el menor peligro.

—Deje eso en nuestras manos, Slater —gruñó Kelly—. ¿Cree de veras que esa carta puede ayudarnos en algo?

—No. Pienso algo más que eso, teniente —rio Wade—. Creo que la carta de Norma Talbot es lo que necesitamos para saber quién es el asesino de las campanillas musicales...

\* \* \*

Sue, angustiada, miró en torno suyo.

Nunca, hasta esa noche, había sentido miedo al caminar hacia *La Campana de Cristal*. De repente, pese a que la noche era apacible, nada brumosa y llena de luz, todo el barrio oriental le parecía un auténtico laberinto repleto de ojos amenazadores y sombras siniestras.

Toda la culpa de ello la tenía la carta. Aquella carta que era como algo pasado y candente dentro de su bolsillo...

Las luces parpadeantes de *La Campana de Cristal* aparecieron en la distancia, cerca del final del pasaje que estaba cruzando para adelantar camino y hacer más breve el recorrido que tanto temía de repente.

No veía a nadie a su alrededor, aunque Wade Slater la había asegurado que no correría riesgos. Esa soledad la tenía sumida en una tensa angustia.

De repente, un escalofrío recorrió, glacial, toda su espalda. Le temblaron las manos. Se paró en seco, notando que sus rodillas se le doblaban.

¡Las campanillas!

La fantasmal música de fondo del asesino, el tintineo trágico que todo Chinatown ya conocía... Estaba flotando en el ambiente, emergiendo de todas partes, como un hálito de muerte y de horror.

—¡Dios mío, no! —gimió la bella muchacha de rasgos orientales, apresurando de repente su paso—. ¡Eso no!

Tropezó, estando a punto de caer. Un roce, a sus espaldas, le heló la sangre en las venas. Apenas sí podía respirar. El corazón latía con violencia en su pecho.

—Oh, Wade, Wade... —susurró—. ¿Dónde estará? Con él aquí no tendría miedo...

Pero seguía sin ver a nadie, sin sentirse protegida en absoluto. De repente, algo surgió de la sombra. Fue una figura fantástica, tétrica, de negra envoltura. Dos ojos centelleantes se clavaron en ella.

Sue gritó roncamente y el bolsillo cayó de sus manos. Echó a correr, desesperada. El asesino fantasmal no se conformó con recoger el bolsillo. Sabía que ella había leído la carta, sin duda. Corrió en pos de ella, su acero curvo centelleó en la noche...

De la oscuridad brotaron disparos de revólver. Silbatos repentinos llenaron la calle. Con un ronco jadeo de ira, el ser de ropajes negros dio media vuelta, desapareciendo en la sombra, engullido por la noche, como tantas otras veces.

Policías aparecieron por doquier, rodeando a la muchacha. Sue gimió, aferrándose a uno de ellos.

—La carta... ¡La carta! Se la ha llevado ese hombre horrible...

—Cálmese —le dijo una voz confortante—. Daremos con él, no temas.

Pero lo cierto es que el despliegue policial parecía inútil. Ni rastro del criminal era visible en el pasaje sombrío. Sue preguntó con voz ronca:

—¿Y Wade Slater? ¿Dónde está Wade Slater?

—Lo ignoro, señorita —dijo, una voz brusca—. Le prometo que también desearía saber dónde se ha metido ese tipo...

\* \* \*

El asesino enlutado entró, jadeando, en el almacén oscuro. Cerró tras de sí la ventana angosta, de vidrios polvorientos, que era su acceso al refugio. Desconectó las campanillas cristalinas y empezó a quitarse la máscara, estrujando en su mano el bolso de Sue Talbot, tras dejar en el mueble, junto al magnetófono, su curvado sable oriental.

De pronto se iluminó el almacén. El asesino lanzó un grito ronco, mirando despavorido hacia más allá de donde la potente luz brillaba cegadora, envolviéndole.

Descubrió a Wade Slater frío, sonriente, implacable, apuntándole con su revólver amartillado.

—¿Qué significa...? —comenzó con voz sorda, dando un paso atrás.

—Significa que descubrí tu refugio, el magnetófono y los altavoces, del mismo modo que descubrí que *todos* los asesinatos habían sido responsables de algún hecho criminal por el que no fueron juzgados ni condenados. Y alguien se erigió en justiciero. El vengador de Chinatown... Deformación profesional, quizá, ¿no es cierto? Cuando la justicia fracasa, existe otra ley implacable: la del Talión.

El asesino estaba lívido. Le miraba con ojos vidriosos.

—¿Era todo una trampa? —preguntó calmosamente.

—No del todo. La carta existe —señaló el bolso—. Está ahí. Y es posible que en ella mencione Norma Talbot el hecho de que Fanny W. Rockwood, la esposa abandonada que se suicidó, era familia de alguien muy concreto, hermana quizá...

—Sigue, Wade. ¿Por qué te detienes? ¿Es que lo sabes todo?

—Lo sé todo, amigo Charlie —le dijo tristemente Wade, mirando con patética expresión de pena al teniente Wang—. Lástima que no se me ocurriera sospechar antes. Hubiese advertido que tu brazo derecho estaba herido por un cortaplumas mío. Pero tu condición de policía honesto e íntegro te protegía... Tonto de mí. No pensé que todos esos crímenes no podían ser más que obra de alguien demasiado íntegro, hasta llegar a la aberración. Cuando supe que todos, absolutamente todos, eran responsables de muertes ajenas, supe que estaba en lo cierto. Y la letra W. de Fanny... El primer apellido: Wang, ¿verdad? Y su raza, sus facciones..., tan semejantes a las tuyas. Luego estaba eso: tu modo de asesinar a Rockwood. Pagar su fianza, traerlo aquí luego... y asesinarle. Porque él, como Norma, era culpable del suicidio de tu hermana Fanny.

—Pero también te atacué a ti, Wade. Y tú no eras culpable de nada indigno...

—No pensaste nunca en matarme. Al entender esto, comprendí que era un amigo mi agresor. Alguien tan certero con el sable, jamás falla dos veces consecutivas. Y eso sucedía justamente tras sorprenderme tú en casa de Norma Talbot, con Rockwood. Era sólo una advertencia, ¿verdad?

—Verdad —suspiró amargamente Wang—. Te acercabas demasiado a la solución. Quise amedrentarte y casi lo echo todo a rodar por respetar tu vida.

—Lo entiendo, Wang. Lo entiendo muy bien —suspiró Wade—. Lamento que el final sea éste, amigo. Eres un buen policía, siempre lo fuiste. Y un buen amigo. ¿Por qué a veces las cosas han de ser tan duras para con uno?

—¿Piensas disparar y matarme? —sonrió el teniente Wang.

—No. No podría, tú lo sabes. Pero si intentas matarme o huir, lo haré.

—Sé que lo harás si no te dejas otro camino —la sonrisa se hizo helada—. Vamos, dispara. Voy a tomar mi arma. Ya nadie vengará los crímenes que nunca se pagaron. Pero no deseo ir a la cámara de gas por lo que hice. No me gusta esa muerte, Wade. Tomaré mi sable.

—No lo hagas

—Lo siento, Wade. Tendrás que disparar —rio, amarga, sordamente—. O dejar que todo termine como desearía un hombre de mi raza...

Alargó el brazo vivamente. Empuñó su sable. Wade no movió el dedo en el gatillo. No impidió hacer a Charlie Wang lo que él quería hacer. Y el sable, poderoso, terrible, se hundió en el estómago del joven policía.

Este cayó de rodillas. Sonrió a Wade tristemente, pero complacido a la vez.

—Gracias..., amigo —murmuró.

Luego cayó. Se quedó inmóvil.

Wade Slater se encaminó a la salida lenta, pesadamente. Dejó caer el revólver. Sintió asco de muchas cosas. Incluso de sí mismo. Salió a la calle,

—¡Wade! —gritó una voz de mujer—. ¡Wade, gracias a Dios...!

Corrió alguien hacia él. Sue, su bella cliente, se arrojó en sus brazos. Apenas sin entenderlo, Wade notaba los labios carnosos de ella en los suyos.

Se tropezó, sobre sus hombros, con los ojos del teniente Kelly. Ambos se miraron.

—Slater... —dijo el oficial de Homicidios—. ¿Qué ha ocurrido?

—Entre ahí, teniente —dijo Wade roncamente—. Luego le contaré... El caso está cerrado. Definitivamente cerrado...

Se apartó, llevándose a Sue consigo. Sí, luego lo contaría todo. Cómo un joven policía había querido ser, también, juez y verdugo, en el barrio que conocía como la palma de su mano, rodeando sus crímenes con la nota supersticiosa de las campanillas, para amedrentar a la gente de su raza e impedir que merodeasen por su refugio en el momento del crimen ya preparado.

Le contaría muchas cosas. Pero ahora, no. No se sentía capaz de ello. Cuando Sue volvió a besarle, no supo si llevada de su histerismo del momento o porque realmente le consideraba ya algo más que un detective o un amigo, le gustó.

Y él también la besó.

Eso le hizo bien. Y le permitió olvidar por el momento

**FIN**

*Las mejores novelas de*



**MARCIAL LAFUENTE**

# **ESTEFANIA**

el mundialmente famoso autor,  
pueden saborearse en las  
COLECCIONES

## **CENTAURO y OESTE LEGENDARIO**



¡No se pierda **AHORA** la  
oportunidad de leer estas  
primeras ediciones, en las que  
cada título es un vendaval  
de emoción!

**Asegure su ejemplar**

**EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**

# NOTAS

[1] **Nob Hill**, una de las colinas de la ciudad de San Francisco, constituye una de las zonas residenciales más acomodadas y socialmente distinguidas de la misma y en ella abundan las edificaciones suntuosas, las fincas ajardinadas y las viviendas de lujo. (N. del A.)

[2] Los *ninjas* eran guerreros suicidas japoneses, de increíble fortaleza, gran dominio de las artes marciales y estoicismo espartano, que les llevaba a sufrir los mayores dolores sin una sola queja. Vestían de negro, ropajes amplios y con una especie de máscara de tela negra que permitía ver sus ojos y parte de su nariz.